

Cartón de Chava

Club de lectura

HISTORIA
ENTRE
AMIGOS

LAS VOCES DEL NORESTE

Ciclo coordinado por Arturo Jacinto Oviedo

7 DE SEPTIEMBRE

Historiografía y el Premio Museo de Historia Mexicana.
Dra. Ana Portnoy

21 DE SEPTIEMBRE

La disputa eclesíastica entre franciscanos y diocesanos por la parroquia de Monterrey a inicios del siglo XVIII.
Mtro. Javier Rodríguez Cárdenas

28 DE SEPTIEMBRE

Transformación social y ecológica de la frontera noreste novohispana, siglo XVI al XIX.
Dr. José Gabriel Martínez Serna

5 DE OCTUBRE

Narrativas de excepcionalidad en la configuración socio-histórica de "lo regiomontano".
Dr. Aarón Benjamín López Feldman

19 DE OCTUBRE

Memorias y olvido: el lugar social de la historia en Monterrey.
Mtro. Jaime Sánchez Macedo

26 DE OCTUBRE

El Concilio Vaticano II: origen, desarrollo e impacto en México y en Monterrey, 1958-1968.
Mtro. Emilio Machuca Vega

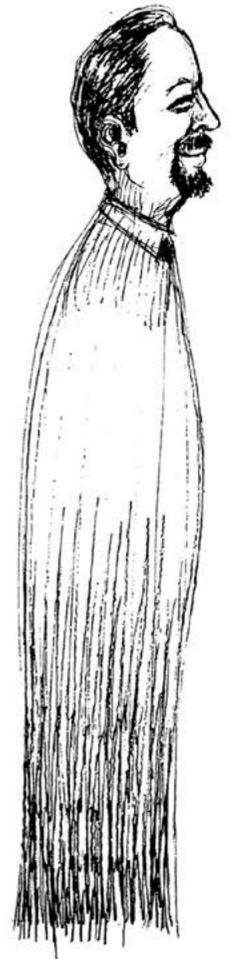
9 DE NOVIEMBRE

La modernización del campo en el noreste de México, 1920-2000.
Dra. Eva Luisa Rivas Sada

SÁBADOS, 2024 | 12:00 HRS.

MUSEO DE HISTORIA MEXICANA

Auditorio. Evento gratuito
Cupo limitado



LUIS FRÍAS TENYUQUE

1960 - 2023



EL GOBIERNO DEL
NUEVO LEÓN

3museos.com

ENTRADA LIBRE MARTES Y DOMINGO

Dr. Coss 445 Sur. Zona Centro
Monterrey, N.L. Tel. 81 2033 9898

3 Museos Contando Tu Historia.



Luis Frías Leal



Monterrey.- Mi padre falleció el 2 de agosto de 2023, después de varios años de insuficiencia renal. Los últimos dos especialmente difíciles. La experiencia fue muy compleja, porque en parte había mucha voluntad de vivir, pero también de cierta manera fue decreciendo por el sufrimiento y yugo de las complicaciones médicas. A pesar de largas estancias en el hospital, en ese tiempo pudimos platicar y convivir mucho, incluso realizar algunos de nuestros gustos, como leer, debatir, cuestionar la burocracia del mismo hospital. Cuando salía, a veces íbamos a comer cosas que le gustaban, aunque no debíamos.

Mi padre fue una persona muy activa, feliz, con mucho deseo de justicia social; muy comprometido con los demás, analítico y apasionado, sediento de aprendizaje. Y para mí, un buen padre. Su influencia y enseñanzas se develan ante mí y me ayudan a identificar mi trayecto de vida. Aunque no llegó a su cumpleaños 63, semanas después de su muerte celebramos un pequeño homenaje para festejarlo en mi exposición "Variaciones del cuerpo", en el Museo Metropolitano de Monterrey, un diálogo entre amigos que de alguna manera retomamos en esta publicación. Ambos, la reunión como la publicación son un acto afectivo, en proceso, en diálogo para recordar y revivir su presencia.

Mi padre acumuló muchos documentos, desde estudios de leyes, periódicos, casos, proyectos, libros, agendas. Ha sido

un proceso lento atravesarlos, mismo que siento apenas inicio. De modo similar, siempre me sorprendió mucho cómo, a pesar de poder ayudar a muchas personas en temas diversos, muchas cosas tuyas las dejó en proceso o irresueltas. Y creo que eso tiene que ver con su intención de seguir viviendo. En muchos de los encuentros y memorias me veo como su espejo, e intento no caer en esa sensación de no terminar o quedarme en el proceso de este proyecto. Por lo que agradezco mucho a las personas que han participado con textos, anécdotas y fotografías para este homenaje, mas debo mencionar que sigue en proceso, que es parcial, mucha gente quedó fuera, quizá porque no tuve el tiempo o mente para invitarlos. Aún así, deseo este documento nos reúna en afecto y quizá despierte posibilidades para seguir compartiendo.

Este número de *La Quincena* está armado como un collage, como si fuera una fiesta, una sobremesa en que los temas se concatenan y yuxtaponen; encontraremos desde una selección de fragmentos de memorias de su vida, que decidió dictarme en algunas de las últimas estancias en el hospital, fotografías de toda su vida, cartas y memorias de sus amigos. Agradezco mucho a todos, a los que participan y a los que leen, en especial a Luis Lauro Garza, Rogelio Ojeda y demás equipo de la revista, por su apoyo en este encuentro.

Gracias y abrazos.

3 Cartón de Chava

4 Índice

5 Homenaje a mi padre

Luis Frías Leal

6 Luis Frías en mi recuerdo

Humberto Salazar

7 Un abogado insular

Abraham Nuncio

8 Una sonrisa amplia

María Belmonte Vega

10 Gargantúa, Theatrón y la amistad de Luis

Xavier Araiza

12 Hasta siempre...

Abel Moreno López

14 Novecento

15 Bitácora

18 Compadres los tres

César Pámanes Narváez

19 De mente lúcida y brillante

Ernesto Villarreal Landeros

20 Conversaciones con Luis

Mario Valencia Hernández

22 Cómo no te vamos a querer, querido Luis... y a extrañar

Jorge Domínguez

23 Abrazo manilargo

Irgla Guzmán

24 Centrales: Chava y Luis Ciudadano del mundo

26 63 indicios de ti

Luis Frías Leal

29 El Abogado Perroni

Luis Lauro Garza

30 Lo que debimos haberle dicho a los diputados

Arnoldo de la Garza

33 ¡Gracias!

César Hernán Pámanes

34 Un placer aprender de un máster

Juany Escamilla

35 Salvar la noche

Pedro Teneyuque

Lo respetábamos mucho

Ciro Teneyuque

Quería a los animales

María de Jesús Teneyuque Quiroz

36 Por querer vivir

Luis Frías Leal

In Memoriam

Norma Escamilla Villagómez

37 Credenciales

38 Sonidos de Monterrey

39 Fotos de niño

40 Fotos de joven

41 Fotos de adulto

42 Variaciones del cuerpo

43 Rituales contemporáneos

44 Elegía doble

Luis Frías Leal

46 Retrato de Ximena

Subercaseaux

Q

Director
Luis Lauro Garza

Gerente
Elisa Marroquín

Arte y diseño
Martín Ábrego Parra

Fotografía
Rogelio (Foko) Ojeda

Ilustraciones
Salvador (Chava) González

Asesor legal
Luis Frías Teneyuque (+)

Luis Frías en mi recuerdo

Humberto Salazar

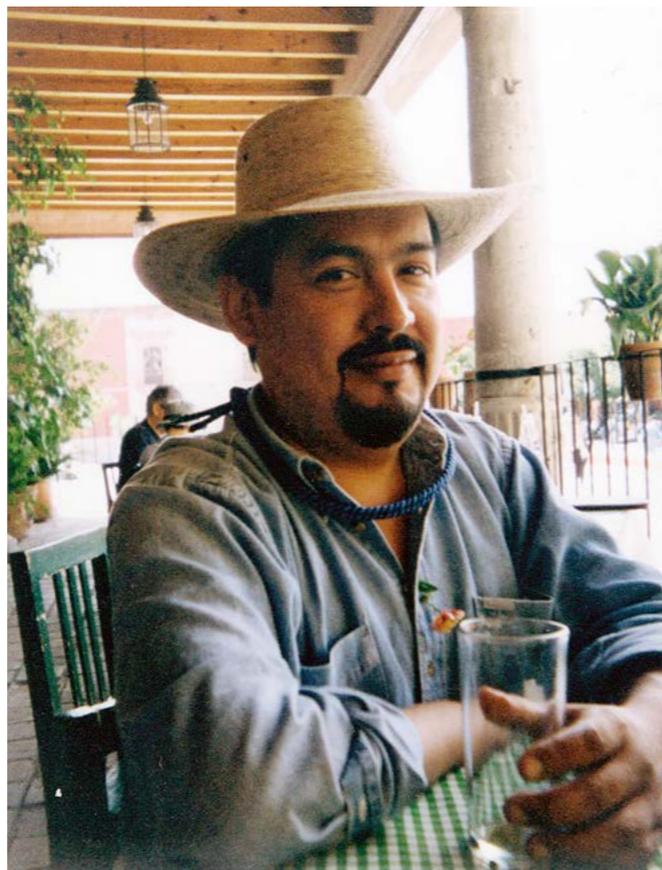
Monterrey.- Es junio de 1977. Quienes conformamos el grupo "Abogados 2" estamos parados frente a la cámara fotográfica y de espaldas a la entrada del templo de La Purísima. Es la fotografía de nuestra graduación de la Preparatoria 1 de la UANL. En el extremo izquierdo de la fotografía, segunda fila: Patricia Ramos Arévalo, Luis Frías, quien esto escribe y Patricia Guerrero. Atrás de HS y Patricia, Armando Álvarez. Detrás de Armando: los doce apóstoles, en las esculturas de Herbert Hofmann-Isenburg que adornan la fachada del templo erigido por Enrique de la Mora en 1946.

Septiembre de 1977. Ingreso a estudiar Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras; Luis Frías en la de Derecho y Ciencias Sociales. Poco después del inicio de cursos Luis comienza a visitarme, pues ambas facultades son contiguas, una y otra al lado norte de la torre de Rectoría; además, Luis conoce también a dos de mis compañeros: Marcela Cisneros y Javier Orellana, ambos procedentes también de "Abogados 2". Luego las visitas se convierten en incursiones académicas, pues Luis comienza a entrar de oyente en algunos de los cursos de Sociología. Para segundo semestre ya ambos somos, nos sentimos, declaradamente marxistas.

Pero muy pronto Luis comienza a sentirse perturbado por una idea inicial del derecho desde la teoría marxista: como la religión ("opio del pueblo") y la filosofía, el derecho también forma parte de "la superestructura", y viene a ser algo así como un mero "epifenómeno" de la economía, verdadera base de la estructura social. Aunque se trata meramente de una metáfora (la sociedad como edificio), no por ello resulta menos lacerante. Luis descubre entonces los libros de Umberto Cerroni, Norberto Bobbio y otros autores en quienes la visión marxista sobre el derecho no es tan reduccionista, y le brindan un respiro a sus angustias. Además, la socialdemocracia y la revolución soviética darán paso a la segunda generación de derechos: los derechos sociales, a principios del siglo XX, y abren cauce, si no a una teoría marxista del derecho, sí a una teoría de la justicia. Hasta que, más recientemente, el marco general de los derechos humanos (incluyendo hasta los de cuarta generación), se convierte en un marco jurídico suficiente y satisfactorio para Luis, ya muy lejos de la pesadilla superestructural.

Desde esos años y por más de cuatro décadas, intercambiamos libros y revistas (*Oposición, El Machete, Cuadernos Políticos, Revista Mexicana de Sociología, Caos, El Viejo Topo, Fractal...*), discos y casets (Alfredo Zitarrosa, Daniel Viglietti, Víctor Manuel...), confesiones y tragos, en las que fueron realmente unas vidas paralelas. Escenarios: El Mesón del Gallo, De Acá de este Lado, El Lugar de las Cantatas, La Casa de Pancho Villa, el bar Reforma, el 1900, La Fonda de Andrés, el Gargantúas, La Chunga... Compartimos, también, algunos espacios editoriales, ambos como colaboradores; tecleamos, a cuatro manos, un artículo conjunto de opinión, "Conarte 2.0", publicado en 2009; y fuimos coautores en una obra, *La autonomía universitaria*, coordinado por Abraham Nuncio (UANL, 2018).

En los dosmiles coincidimos laboralmente en el CREFAL, un centro formador de educadores de adultos con sede en



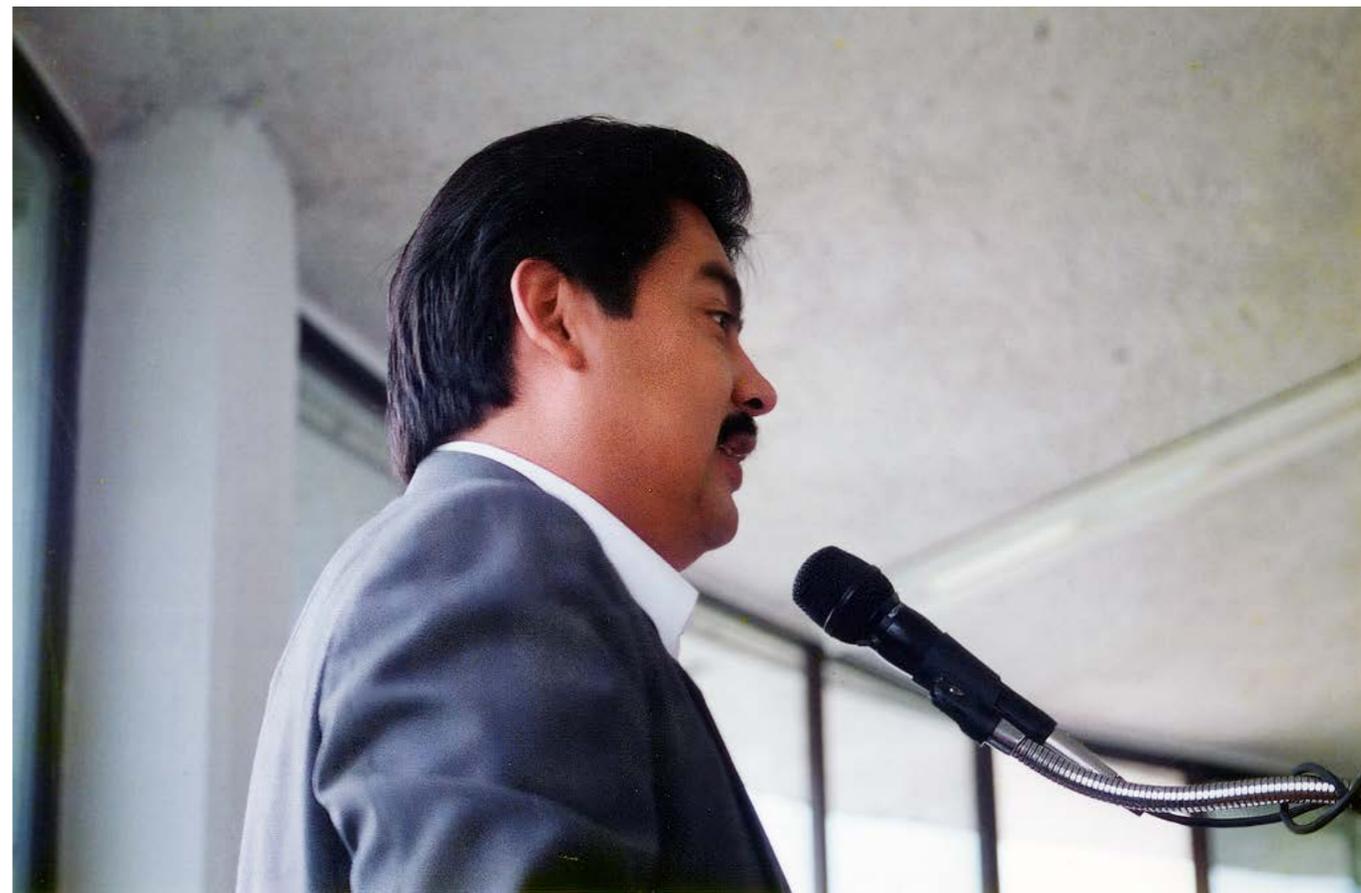
Pátzcuaro, en la que fue casa de descanso del general Cárdenas, la Quinta Eréndira. Aunque ya un poco antes me había asesorado en el tema del derecho de acceso a la información pública gubernamental, por fungir yo entonces como responsable de la Unidad de Enlace de la SEP, en la Ciudad de México. Siempre que tenía alguna duda sobre temas jurídicos Luis era mi consultor obligado, ya para resolverme dudas o para darme orientación sobre qué leyes, acuerdos o reglamentos debía conocer.

De regreso en Monterrey, luego de la excursión michoacana, volvimos a frecuentarnos con cualquier motivo. Ya en la Gandhi, ya en el Cafelito, ya en su casa. En la secretaría de Educación del estado, él era asesor en la Dirección General de Evaluación cuando entré a colaborar en la oficina del Secretario en enero de 2010. Por un breve tiempo coincidimos.

Luis Frías Teneyuque fue un abogado excepcional, tanto por su manera muy personal de ejercer la profesión, como por su carácter de estudioso a fondo de la jurisprudencia, y por su espíritu libre y libertario, enemigo de toda injusticia. Organizado a fuerza por los marcos jurídicos diurnos, lo suyo era el vuelo lírico de la noche en sus diferentes vehículos, de los más a los menos epicúreos. Vecinos de este mundo por apenas un rato, más temprano que tarde volveremos a encontrarnos.

Un abogado insular

Abraham Nuncio



Monterrey.- Los abogados no estudian sino lo indispensable para defender los asuntos vinculados a su ingreso. Son los típicos rábulas de los que hablaba Cervantes por boca de Don Quijote. Pocos son los que se adentran en las teorías del Derecho, y menos aun aquellos que lo hacen para defender causas comunes donde el interés fundamental es poner la justicia por encima de cualquier consideración. El número se restringe cuando se trata de abordar este o aquel espacio, este o aquel problema o causa de orden jurídico desde una dimensión ideológica de izquierda. A esta minoría de abogados perteneció Luis Frías Teneyuque, amigo muy querido.

A su lucidez y atingencia teórica,

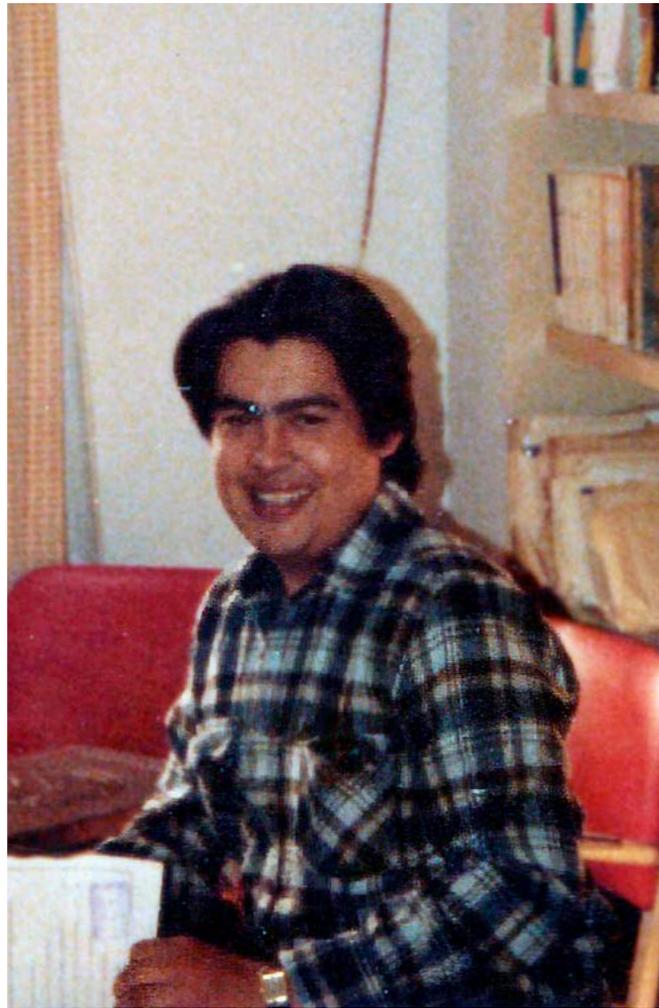
Luis añadía una probada honestidad intelectual. Y también una humildad y bonhomía difíciles de encontrar, sobre todo en el gremio de los abogados. No dudo, si estuviera con nosotros por estas fechas, que estaría haciendo enjundiosos aportes a la reforma judicial que es motivo, tanto de debates, como de manipulaciones y trampas dentro del propio aparato judicial. Se requieren voces como la de Luis para fundamentar cambios importantes en ese ámbito.

En algún momento propondré que su nombre le sea impuesto a alguna iniciativa cultural que tenga que ver con una formación integral (ética, teórica, deontológica y factual) del profesional del derecho.

Te extrañamos, Luis.

Una sonrisa amplia

María Belmonte Vega



Monterrey.- Muchos encuentros con personas son de manera casual y azarosa. Regularmente se escapan las probabilidades de asegurar permanencia en un eventual o naciente diálogo; un encuentro tampoco vislumbra con certitud el espacio para una futura amistad, o acaso una cercanía laboral y/o gremial. El encuentro con alguien lejanamente garantiza simpatía sobre un tema ideológico o conceptual. Todo encuentro es incierto.

Un muchacho preparatoriano que reunía en un semblante formal, amabilidad y confianza junto a una sonrisa amplia, es la primera imagen que tengo de Luis Frías Teneyuque. No puedo asegurar si lo fue, el día que topamos cuando ofreció tímidamente un cigarrillo, al mismo tiempo que solicitaba una sección del periódico que yo leía, mientras él, acomodándose al filo de una fuente de agua, dijo esperar a compañeros de la preparatoria.

El lugar de acercamiento con Luis fue en el ahora legendario Café Mexicano*, convertido ya en un imán de pluralidad. Un sitio trocado en refugio para algunos, oficina o cubículo de otros, pasarela y búsqueda para los más. Luis no fue un habitual, acudió de vez en cuando. Pasado el tiempo y reconociéndonos, coincidimos en otros sitios: cines, funciones de teatro, más cafés, conferencias –¿alguna asamblea sindical?–; y sin temor a la duda, en bares, peñas y similares. Siempre hubo empatía y cordialidad al saludarnos. Sin ser cercanos, se daban algún intercambio de preguntas u comentarios breves sobre temas de política y de cultura, eran conversaciones afables.



La habitualidad urbana de varios años y sabiendo que Luis Frías era abogado, permitió consultarle informalmente sobre asuntos de mi total interés, como la despenalización sobre el aborto. Punto que escuchó en silencio, para después dar argumentos, algunos chocantes para mi postura feminista. Fueron dos las discusiones. Años después, no pocos, abordé con Luis de nuevo el tema y ahora sí, ajustamos nuestra valoración y disipamos diferencias sobre la defensa de las mujeres para decidir sobre sus cuerpos. El tiempo trascurre y se camina por andares diversos y por ello las miradas son distintas; el deambular a veces bifurca y muchas veces con intuición, hombres y mujeres buscamos acercarnos al círculo. Pienso ahora a Luis, el joven e inteligente abogado, siempre leyendo, indagando, sonriendo, bebiendo. Formal e institucional en muchos momentos, leal en extremo con sus amigos –soy testiga de una historia–. Lo pienso ahora, en la búsqueda de establecer propuestas y discusiones a su entono profesional; lo pienso sonriendo, brindando, cantando, bailando. Lo pienso en la proclama de ideas de justicia y sobre democracia en el espectro del juego político y de la cultura.

El tema de la Cultura (en mayúscula) y la ausencia de leyes para legislarla siempre le atrajeron y están en sus archivos. Escribió sobre las carencias de políticas públicas sobre ella, y la desigualdad del ejercicio presupuestario; insistió sobre la pobre participación y compromiso de la administración pública por los derechos culturales. Escribió sobre los derechos de autor y los derechos de creación patrimonial y artística.

Pienso en el abogado Luis Frías Teneyuque y sus asesorías legales, solidario ante muchas causas perdidas y asumiendo nulos o escasos presupuestos. También lo pienso en sus iniciativas de organización política y de gremios, su aplauso a toda asociación e inventiva artística: un hombre vital con innumerables propósitos aun en las postrimerías de su vida. Tantas cosas que fueron casuales entre dos personas, dieron pie a construir en vaivén la coincidencia de ideas, de plantear diferendos existenciales que en algún punto fueron políticos, particularmente el tema de las mujeres. Poco a poco se construyó la confianza y empató nuestros pasos, suscitando solidaridades y luchas en común, como también alegres colisiones de fiestas entre amigas y amigos. Conocer a Luis, dibujó un hermoso trazo que me unió de afecto hasta el final de sus días. El aprecio y la amistad se acrecentó, tanto más con Luis César Frías Leal, talentoso artista visual, un fraterno y cercano apego de mi familia en pleno, a quien agradezco tanto el invitarme a expresar mi estimación, cariño y respeto a su padre. El umbral lo cruzó, Luis Frías Teneyuque.

Se fue a donde está la mayoría.

* "Café Mexicano, espacio socrático y humanista". María Belmonte. Punto dorsal. Revista de cultura política. Número 2. Agosto 2023. Comisión Estatal Electoral Nuevo León.

Gargantúa, Theatrón y la amistad de Luis

Xavier Araiza

Monterrey.- En el recordatorio de su vida y muerte, recupero de la memoria algunas vivencias compartidas con Luis, amigo que además de las leyes –su profesión– le interesaba la cultura, las artes, la filosofía, los libros, el teatro.

Luis nunca se extravió en el laberinto de la cultura neoliberal, en el fetichismo de sus leyes protegidas con garras y dientes, por jueces/as enajenad@s con dogmas ideológicos ilusamente ajenos a la vida social y política, a las contradicciones históricas.

Fue asesor jurídico de Gargantúa Espacio Cultural desde el proyecto fundacional y en los días y noches difíciles, cuando los inspectores municipales de alcoholes acosaban exigiendo cuota, permisos, ejecutando clausuras.

Recién mi hijo Anuar y yo inauguramos el espacio (agosto 24 de 2001), no pocas noches fuimos los únicos parroquianos en el bar, conversando, bebiendo cerveza, tequila: en esos primeros días Gargantúa aprendía a volar libremente (sin las cadenas del mercantilismo y la burocracia), a descifrar los misterios creativos y peligrosos de la milenaria convivencia entre vino, arte y cultura, a torear la escasez de la inversión económica y las técnicas adminis-

trativas.

Como tatuaje en la memoria, recuerdo aquel histórico y negro 11 de septiembre de 2001, que cambiaría el rumbo de la geopolítica: al amanecer de una noche larga de bebida, música, plática y viaje en el Submarino Amarillo, Luis me despierta con insistente llamada telefónica: “Prende la tele, están bombardeando Nueva York”, dice. Increíble, imagino que es una broma típica del humor negro y el estado lúdico que produce el humo del alcohol y el desvelo: “No bromees, Luis, es muy temprano”, le digo perdido en la moviediza frontera entre la vigilia y el sueño. Ante su tono serio y preocupado, enciendo el pequeño televisor Sony. La primera imagen que veo, a todo color, es inquietante: a pleno sol se observa al segundo avión estrellándose contra una de las torres. Esto no es película, pensé, son las torres gemelas en llamas. Los efectos de la cruda dieron paso a la lucidez, intuuyendo la magnitud del acontecimiento, la perturbadora realidad de un acto político extremo, enloquecido. En esos momentos oscuros de fanatismo y venganza, los aviones secuestrados por kamikazes islámicos se estrellaban en las Torres Gemelas de Nueva York, espejo prestigioso del capitalismo norteameri-

cano. Entre tanto, dos aviones del terror volaban para estrellarse, sin lograrlo, en la Casa Blanca y el Pentágono, símbolos del gobierno y el sistema militar del Imperio norteamericano. Un relámpago de ideas asociadas me recordaron el sentido profundo –filosófico e histórico– de la famosa frase de Marx: “Todo lo sólido se desvanece en el aire”.

No pude despegarme de las noticias que transmitían los medios informativos internacionales. El mundo ya no sería el mismo. El Imperio tomaría venganza contra los musulmanes y sus adversarios. Afganistán e Irak serían invadidos por el ejército norteamericano. Esa inquietante mañana de septiembre, Luis fue quien me dio la primera noticia del acontecimiento insólito, histórico.

En el año 2007 fue activo miembro en el grupo que fundamos la efímera Asociación de Intelectuales y Artistas (AIA), para evaluar críticamente el control empresarial y la exclusión de CONARTE en el caótico y tristemente célebre Foro Internacional de las Culturas programado en Monterrey, durante el gobierno de Natividad González Parás.

Luego vendrían los intensos años de Theatron (2014-2018) donde Luis descubrió sus ganas de aprender actuación, participando en el curso de



entrenamiento actoral, ensayando un personaje de la pieza: “Severa Vigilancia”, del dramaturgo francés Jean Genet. Fue también asesor jurídico del espacio escénico, asistente puntual a todos los estrenos teatrales y entusiasta animador en las posadas navideñas y fiestas cumpleaños de las/los integrantes del grupo, regalando libros, pasteles, gestos de amistad.

Una decisión importante describe su carácter y vocación de abogado crítico, democrático: en el año 2016 ensayamos y pusimos en escena la pieza teatral “Las Sirvientas”, de Jean Genet. Una compañía vinculada a las producciones de Televisa ensayaba simultáneamente la misma obra en la ciudad de México (ellos la titularon “Las Criadas”), alegando que tenían derechos de autor registrados en exclusividad y por lo tanto prohibían que la pusiera en escena cualquier otra compañía comercial, universitaria, grupo de teatro independiente o experimental.

Con el consenso de los actores consultamos a Luis. Él nos alentó a ponerla en escena y correr el riesgo que una poderosa productora nos prohibiera poner la obra clásica de Genet en nuestro pequeño teatro con capacidad para 30 espectadores, como lo fue Theatron.

Paralelamente a la compañía de productores y actores que nos prohibían hacer nuestro teatro, estrenamos la extraordinaria pieza de Genet, ellos con sus público en la ciudad de México, nosotros con el nuestro en Monterrey. El fastuoso montaje de la producción comercial duró pocas semanas en cartelera. La crítica le fue adversa. Durante tres años, nuestro montaje estuvo en temporadas de funciones presentadas a un público exigente y entusiasta con la calidad artística de “Las Sirvientas”.

Esa experiencia puso en evidencia que, tratándose de creación y justicia, Luis no dudaba en desafiar las leyes injustas y reglamentos anquilosados. Coincidíamos en que, en ciertas circunstancias, lo ilegal es la única forma de sobrevivencia y un acto de libertad para desafiar a la burocracia y generar cambios culturales y sociales.

Para promover nuestra obra “Marx & Bakunin”, y generar ingresos económicos, Luis organizó entre amigos y el grupo de abogados democráticos una función de nuestro montaje teatral. Igual promovió conferencias y debates sobre temas jurídicos en el espacio de Theatron.

Luis siempre estuvo ahí, con su apoyo solidario. En los días de la pandemia

aconsejó a los socios del pequeño Café Teatro cómo proceder con trámites y argumentos culturales para continuar su programa de funciones clausuradas por inspectores del Municipio de Monterrey.

Un recuerdo fuerte de estreno en el mismo Café Teatro: al final de la pandemia, diciembre de 2021, adaptamos al teatro el texto filosófico del Marqués de Sade, titulado: “Diálogo entre un Sacerdote y un Moribundo”, que plantea el sentido de la vida y sus placeres contra los dogmas de la fe cristiana, la culpa, el arrepentimiento y la salvación antes de la muerte. Consciente de su avanzada enfermedad y poco tiempo de vida, esa noche, como lo hacía invariablemente en cada estreno, Luis habló con serenidad ante el público, felicitando el tratamiento teatral del tema de Sade, la actuación y la dirección escénica. Así era su carácter.

Con afecto y simpatía, recordaré al amigo por su generosidad, su talento jurídico, su interés por las ideas, la cultura y el teatro.

Hasta siempre...

Abel Moreno López

Monterrey.- Hace algunos meses, ya casi un año, me sorprendió la triste noticia del fallecimiento de Luis Frías Teneyuque... La noticia fue impactante, porque no obstante saber de su antecedente diabético y enfermedades conexas, siempre la partida de un amigo cercano lo es, cuantimás tratándose de alguien algunos años más joven que el que relata.

Conocí a Luis Frías en los 80s del siglo pasado; desde siempre tuvimos grandes etapas de convivencia, siempre caracterizadas por el afecto mutuo, el respeto y la coincidencia en temas específicos de nuestra actividad, o bien en el modo de ver los asuntos públicos de nuestro entorno.

Desde luego la bohemia nos acercó y tuvimos como un enlace de nuestra relación a René Alonso, quien encabezaba interminables tertulias donde el intercambio de ideas políticas, gustos musicales, observación editorial, apreciaciones artísticas, actividades laborales y profesionales, entre muchos etcéteras, era interminable.

Desde aquella época coincidíamos en temas que nos eran particularmente comunes. Ahora, mientras me dispongo a escribir estas líneas, y busco cómo empezar, siento de pronto un ataque de nostalgia, del que no puedo y no quiero deshacerme... Sé que Luis pronto cumplirá un aniversario de su acceso a la eternidad, y al tratar de describir algo de nuestra relación, inevitablemente aparece la imagen de nuestro amigo y compadre común René Alonso, de quien también se cumplirán 15 años de su partida...

Desde principios de los 70s conocí a

René e iniciamos una convivencia que duró cuatro décadas... René interactuaba en muy diversos grupos y ambientes y aunque teníamos una relación cercana, no participaba yo en todas sus actividades.

A mediados de los 80s le acompañé a una serie de actividades que realizaba para, con y en la Universidad de Nuevo León, relacionadas con el ámbito cultural; fue en esa etapa donde me todo convivir con algunos de sus amigos, a cuyo círculo me sumaría por ese tiempo. Ahí conocí entre otros a Luis Frías.

Luis Frías era muy joven, comparado con aquellos contertulios; y sin embargo no parecía, pues siempre daba la impresión de ser una persona mayor, no solo por sus conocimientos, sino más bien por sus juicios y sus apreciaciones.

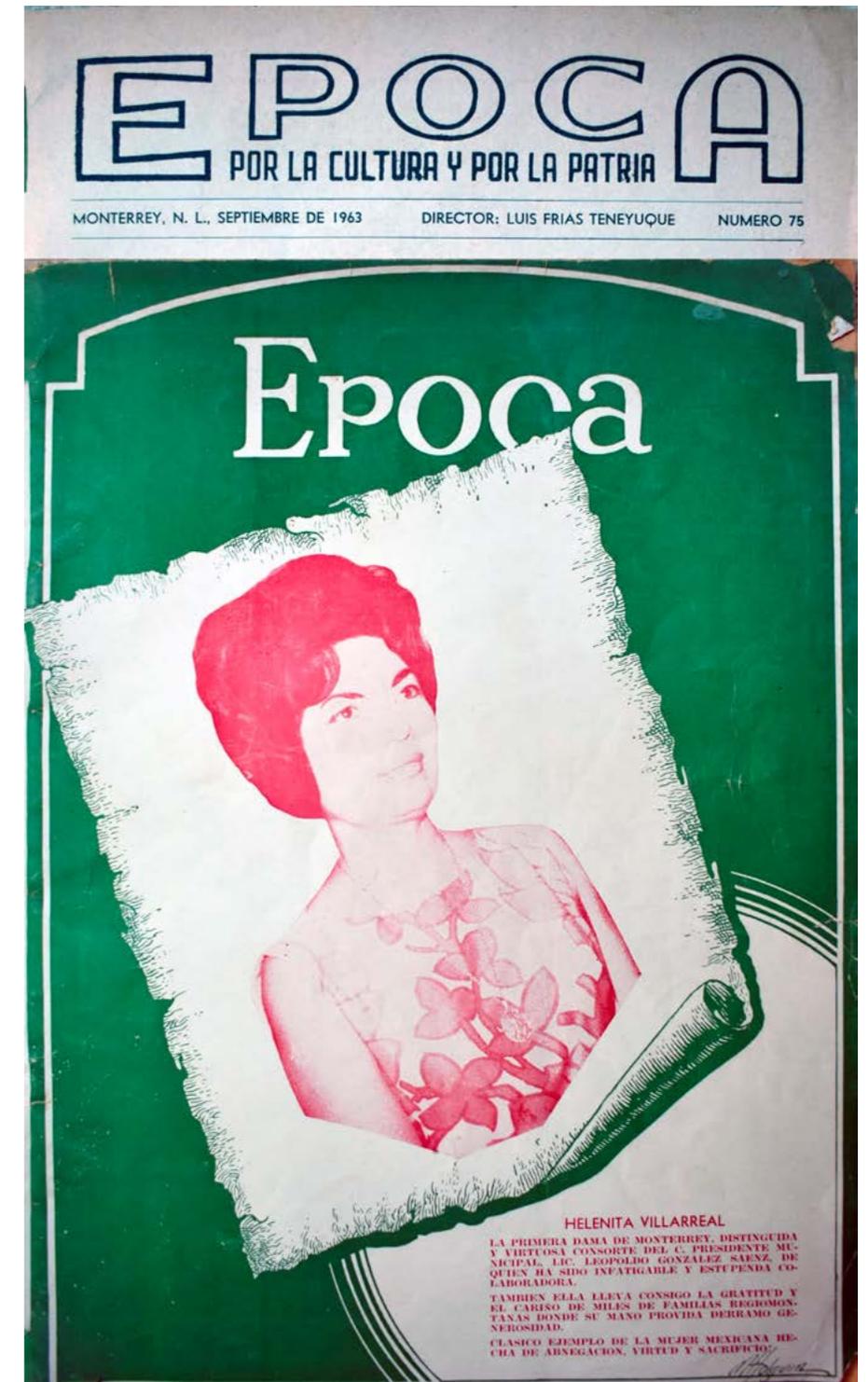
Un joven con mucha madurez y aplomo, que a cada momento daba signos de brillantez, sin dejar de sumar su alegría a la bohemia. Alguna vez me comentó que había conocido a René Alonso casi por casualidad, o más bien por curiosidad, que nadie los había presentado.

Decía que cierto día asistió al desaparecido Teatro de la Azotea, que estaba en un segundo piso a un lado de la iglesia del Sagrado Corazón, entre lo que fueron los separos de la Policía Judicial y el taller de Artes Plásticas de la universidad, donde se presentaba una vez más la obra Marat/Sade, dirigida por Sergio García, en la que René daba vida a "El Pregonero", un personaje singular, muy ágil con el rostro maquillado en blanco, que se acompañaba de una vara que le permitía moverse a lo largo y ancho del pequeño escenario de aquel pequeño

recinto... Su gran movilidad y la cercanía con el público, además de sus dotes actorales, hacían que el papel de René destacara e impactara al auditorio, sobre todo a quienes le conocíamos, pues en esa época no solo lucía algunos (quizás muchos) kilos de más y una melena larga, además de unos lentes tipo fondo de botella, lo cual generaba admiración al ver su agilidad escénica prescindiendo de sus espejuelos.

Me comentaba Luis que lo dejó impactado su actuación y que después de la obra esperó a que salieran los actores y ahí abordó a René, iniciando lo que luego sería una gran amistad, a la que desde luego yo me sumaría tiempo después. Tuvimos gratas experiencias en esa época y aun después, incluso cuando ya René había partido. Les comparto una de esas gratas vivencias inolvidables.

Durante muchos años, sobre todo a partir de que me volví abstemio, inicié la formación de una modesta biblioteca con temas mayormente locales; y como parte de ella fui adquiriendo revistas que circularon en Monterrey en el siglo XX (que he donado al Archivo de la UANL y está a disposición pública como acervo o colección Abel Moreno). Pues bien, entre esas revistas había varios ejemplares de diversas décadas de la titulada: Época, que dirigió originalmente don Albino Vargas. Pues ahí tienen que un día elaborando un catálogo de las revisas con que contaba para una posible exhibición, encontré que uno de los ejemplares de principios de los 60s contenía el interesantísimo dato de que el director era nada más y nada menos que Luis Frías Teneyuque... Luego de



la sorpresa, pronto me di cuenta que la fecha más o menos coincidiría con el año de nacimiento de Luis; y puede suponer que su papá, en homenaje por su natalicio, le había puesto a ese número el nombre de Luis como director. Pronto me apresuré a buscarlo y quedé en verlo un día temprano en el centro de la ciudad. Le comenté mi hallazgo y le regalé el ejemplar, del que él no tenía noticia; pero me comentó que ese día más tarde

vería a su padre y le mostraría la revista. Fue en buen detalle que celebré haber encontrado.

En fin, con Luis tuve muchas otras vivencias, porque además de nuestra amistad, Luis y mi esposa Ernestina se conocieron en el ámbito laboral en la Secretaría de Salud y ello fue motivo para otros encuentros. Ah, la nostalgia...

Hasta siempre, Luis. Salúdame a René.



NOVECIENTO

LFT realizó una pintura, por lo menos. Por muchos años formaba parte de la casa del rancho de mis abuelos maternos, yo siempre pensé que era de mi mamá, pero hace años, ella me comentó que la pintura era de mi papá. Yo pensaba que tenía su nombre porque era un regalo, ahora me lo imagino intentando lograr esos colores.

LFT EN 15 DIARIO TV

LFT fue colaborador cercano de la Revista la Quincena y 15 Diario Tv. Les compartimos una playlist a videos en que abordan diversos temas de reflexión acerca de la justicia y legalidad en nuestro estado, su programa Hablando derecho del derecho.

Busca en YouTube Luis Frías Teneyuque – Hablando derecho del derecho o visita el código QR:



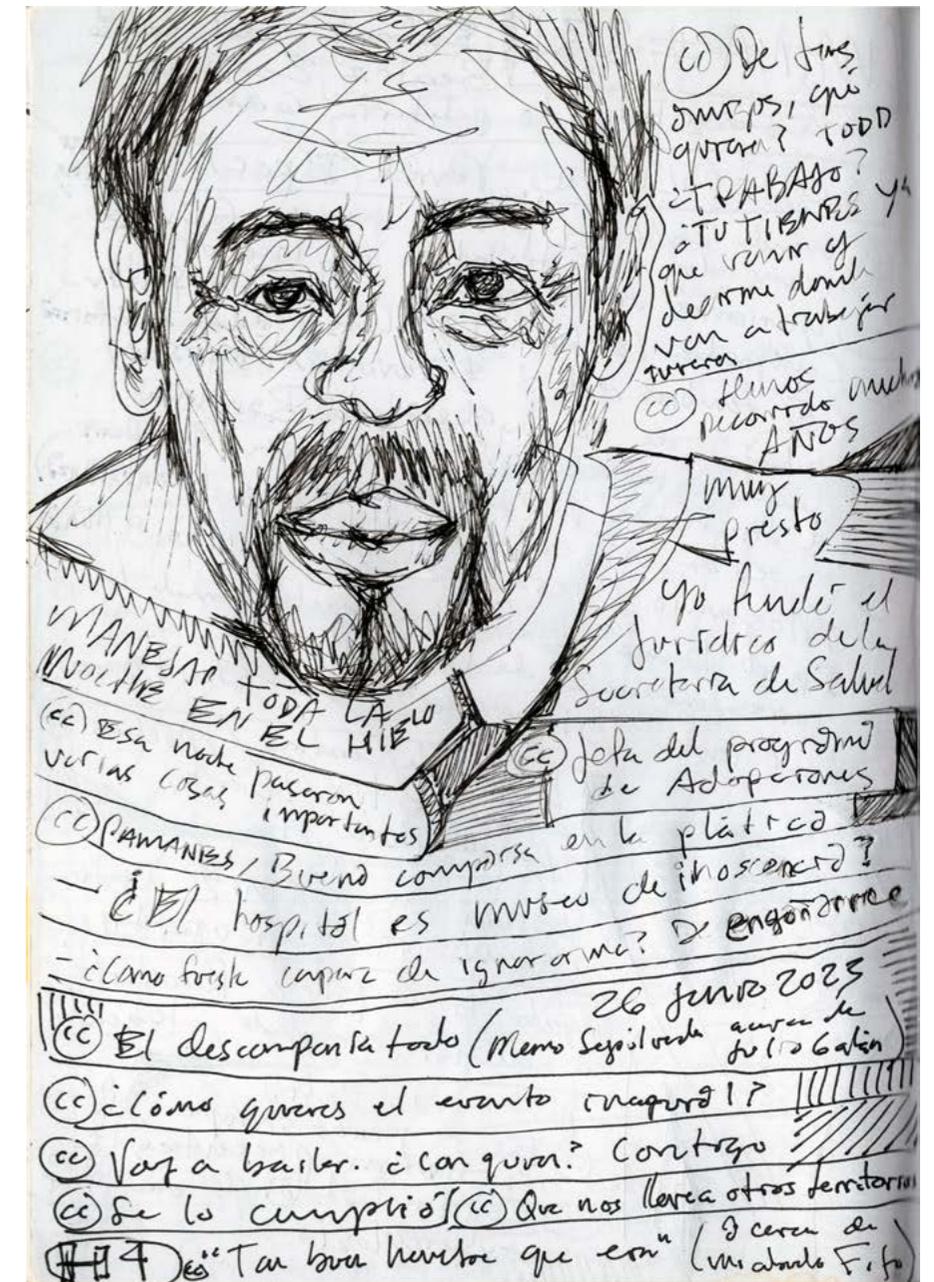
Luis Frías Teneyuque
ABOGADO



Por la autonomía en el hospital

Luis Frías Leal

Los últimos dos años de vida de mi padre fueron muy pesados, muchas entradas al hospital, atender una cosa parecía deteriorar otra, parecía una tarea sin fin. Aunque solía mantener esperanza y buen humor, ya estaba muy cansado, alguna vez hasta me dijo que ya no quería seguir por el dolor. Durante esas estancias en el hospital lo dibujé algunas veces, llevaba mi bitácora con fragmentos de lo que comentábamos, la vida que sucedía adentro y afuera del hospital, y en algún comentario hasta comenzó a dictarme memorias de su vida. Su enfoque fueron los recuerdos de la lucha por la autonomía universitaria y los cruces de esto la vida política de la ciudad y su propia identidad. Les compartimos una selección de esas bitácoras.



Compadres los tres

César Pámanes Narváez

Monterrey.- Conocí a Luis Frías allá por finales del año 1979, cuando el doctor Luis Eugenio Todd me encargó el área jurídica de los Servicios Coordinados de Salud Pública en el estado. En ese tiempo, sin querer, acumulé tres cargos: Director de la Preparatoria 22 de la UANL, Jefe del Departamento Jurídico de la misma y Jefe del Departamento Jurídico de los Servicios Coordinados. Necesitaba quién me ayudara en esta última, ya que el doctor Todd no firmaba nada que no llevara mi visto bueno. Providencialmente, el lic César Santacruz me llamó para recomendarme a Luis.

En la primera entrevista supe que su segundo apellido era Teneyuque, y resultó ser sobrino del lic Raudel Teneyuque, a quien le debo haber estudiado en sus libros la preparatoria y los dos primeros años de facultad (esos favores no se pagan con nada).

De inmediato le ofrecí que me ayudara en Salud, donde se puso a estudiar las leyes que rigen el sistema de salud, al tiempo que se desarrollaba una buena amistad que me hizo conocer a su futura esposa, Elizabet Leal González, con quien también fui amigo; una gran pintora y escultora. Me regaló dos de sus cuadros; uno de ellos lo tengo en mi sala. En la boda de ambos, los testigos del novio fuimos el doctor Todd y quien esto escribe.

Luis de inmediato hizo amistad con los trabajadores de todas las áreas, cosa que por motivos de trabajo yo había olvidado, por lo que, a su tiempo, Luis organizó una fiesta y ahí los conocí a todos los que me faltaban.

Debo decir que Luis era un hombre muy inteligente y culto; aprendía muy rápido y solo le faltaba una cosa: titularse; al igual que muchos, fue dejando este paso que le permitiría ganar más. Le propuse que lo hiciera y yo correría por los gastos; lo hizo y asistí a la decisión del jurado, que acordó por unanimidad otorgarle una felicitación especial, por su desempeño, cosa que no me sorprendió, pues sabía de la calidad del



sustentante. La titulación fue festejada por amigos y compañeros de trabajo, por supuesto muy a la mexicana.

A los tres años, el doctor Todd se retiró para buscar otras cosas en la política- Yo renuncié al puesto en los Servicios Coordinados, pero Luis se quedó en el mismo puesto, y con el tiempo ocuparía la jefatura de la nueva Secretaría de Salud en el Estado. No quiero dejar pasar una ocasión importante, el nacimiento de quien es ahora uno de los artistas más reconocidos, Luis Frías Leal, a quien días después de este acontecimiento, fuimos a registrarlo. La oficialía que dirigía en ese tiempo una amiga mía, me pareció la más adecuada. Fuimos René Alonso, Luis y yo. Desde entonces nos dijimos compadres los tres. Salimos de ahí, casi a las dos de la

mañana. La Oficial celebró con nosotros con cerveza y tamales.

La vida hizo que nuestros caminos se separaran, pues Luis, a la llegada de PAN salió de la Secretaría de Salud y yo me refugié en la Preparatoria Número Tres. Por su parte, René puso tres bares, con mala suerte. Después de mi fallida operación vi a Luis en pocas ocasiones. Como buen abogado litigante que era, le envié recomendados, vio asuntos de mi familia y entrenó a mi sobrino César Hernán en esos menesteres.

Hace poco, al revisar un viejo Ipad, me encontré varios mensajes de Luis, que no supo que mi dirección había cambiado; me dieron ganas de llorar por el gran amigo.

De mente lúcida y brillante

Ernesto Villarreal Landeros



Monterrey.- Hace aproximadamente diez años conocí a Luis Frías Teneyuque. Ello ocurrió en mi despacho, por una invitación que le hiciera el abogado Esteban Bárcenas, para una exposición en nuestra Asociación Nacional de Abogados Democráticos (ANAD). Y en la charla previa, pronto me percaté de su inteligencia y sabiduría jurídica, producto de sus vastas lecturas, experiencia profesional y una intuición innata por el andamiaje legal.

Me gratificó, al igual que al resto de los compañeros, su interés y disposición a incorporarse en las tareas de la ANAD, lo que significó un logro extraordinario, al sumar en nuestras filas a un personaje de su talla.

Después de varios años de dirigir el referido Colegio, planteé a mis compañeros la necesidad de un relevo en la Presidencia, argumentando que ya había transcurrido el tiempo suficiente; y que por otra parte, era muy demandante su atención. Y la respuesta de Luis fue en el sentido de que no me retirara, de que mejor formara parte de una Presidencia Colegiada, en donde me desempeñara como coordinador de la misma, para aligerarme el trabajo, y por otra parte, compartir criterios complementarios. Y a partir de ese momento, hasta su fallecimiento, integramos él y yo, junto con el compañero Juan Raúl Islas, una terna muy productiva, de fácil entendimiento, para el cumplimiento de los objetivos, y una empatía muy singular.

Los esfuerzos y logros de la ANAD en Nuevo León, también hay que atribuirselos a varios compañeros que han sido constantes, en nuestro empeño profesional colegiado, destacando entre otros: José Luis Sandoval, Maurilio Montemayor, Joel Oviedo, Arnoldo Ramos...

En ese periodo que compartí con nuestro personaje, constaté que además de su vasta cultura jurídica, incursionaba en sus devaneos intelectuales, que cubrían la música, la pintura, la poesía...

Era un empedernido de la lectura, y tratándose de la jurídica, siempre estaba al día, dada su acuciosidad por las reformas legislativas y la recurrente visita al *Diario Oficial de la Federación*.

Justo es decirlo, también era un vehemente y aguerrido defensor de sus tesis, teorías e interpretaciones jurídicas, que siempre eran fundamentadas con base en sus análisis exhaustivos.

De mente lúcida y más aún brillante, sus exposiciones siempre constituían un abrevadero no solo para los jóvenes abogados, sino también para muchos de los que tenemos largo tiempo en el ejercicio de nuestra profesión.

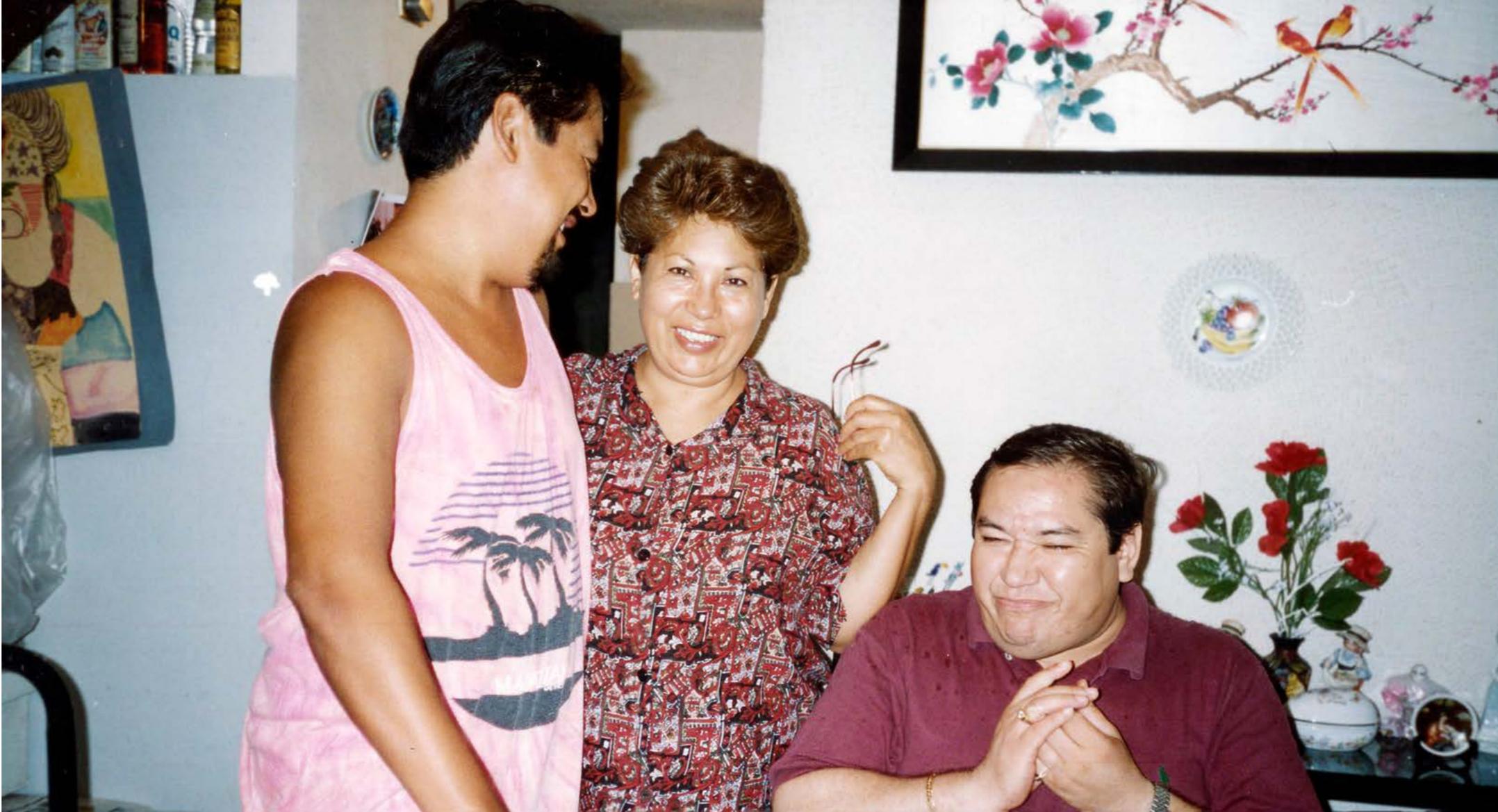
A muchos de nosotros nos consta su permanente disposición, no solo didáctica, sino de empeño solidario en el entendimiento del derecho.

En los últimos años de su vida, dejó constancia de su trabajo, temple y carácter, pues dada su cada vez más menguada condición de salud, jamás abandonó encomienda profesional alguna, por parte de sus clientes y de las tareas de nuestra agrupación.

Personajes de la talla de Luis en los ámbitos jurídico y cultural, son excepcionales; y merecen ser recordados permanentemente, por su generosa aportación a la sociedad; y por el prestigio y honra transmitidos a sus compañeros, colegas y amigos, a quienes nos legó su amistad.

Conversaciones con Luis

Mario Valencia Hernández



Saltillo.- La noticia de su muerte, aunque no fue para mí una sorpresa, sí la recibí con interno pesar; desde hacía tiempo me dolían sus achaques, ahora me dolía su muerte. Pero deben saber todos sus amigos y conocidos, que ésta su última batalla la libró de la manera que le era habitual: con valentía y esperanza hasta el final. Incluso en muchas ocasiones, cuando hablaba de la enfermedad implacable y su segura partida al lugar sin retorno, lo admiré por su buen humor, por su generosidad, por su amistad, por la alegría que contagiaba, aun sin bebida espirituosa de por medio.

-Mira amigo, vamos aquí a esta cantina...

-Luis, pero ya no puedes tomarte ni un trago...

-Pero tú sí.

Cuando queremos recordar a alguien que ha dejado huella en nuestra vida es común recurrir a sus escritos, artículos periodísticos, intervenciones públicas y habrá menos espacio para el error o la traición de la memoria. No es mi caso. Únicamente puedo volver a vivir y confiar en mis recuerdos, en las conversaciones que a lo largo de por lo menos tres décadas, sostuvimos. Por lo tanto, debo advertir a quien ose leer estas líneas, que el caos será el hilo conductor: las imágenes y las pláticas aparecen sin orden cronológico ni temático. Las escribo como llegan.

-Mira, esa dama te mira con insistencia.

-Quizá nos conocemos- respondí

-No lo creo.

Y después de una sonrisa socarrona de Luis, minutos después estábamos con ella y la amiga que le acompañaba en animada charla, hablando de la puesta en escena de una obra de Jesusa Rodríguez, por el rumbo de Coyoacán en la ciudad de México. El asesinato de Colosio había sido la noticia mayúscula en la primavera de ese año; la época de esa parranda con Luis sería al final del verano, o ya en el otoño. Después del teatro no faltaron lugares para continuar con el relajo. Luis había ido a la capital del país para un curso sobre Derecho Internacional, o algo así; por mi parte, allá pasaba mis días. Nuestras charlas iban del futuro político mexicano a las sospechas de intromisión de la mafia en la política, algo que los dos condenábamos. Aún así, o tal vez para poner distancia a esa temática, terminamos en un antro de música colombiana y cantando a Vives.

En otra ocasión, en Monterrey, trasponíamos la puerta y Luis recordó:

- Aquí venía cuando estudiaba Leyes, las cervezas eran más baratas que allá enfrente-; la conversación fluyó con nostalgias tan pronto como llegamos a un turgio famoso entre los estudiantes, y cercano a las famosas cantinas Indio Azteca y Zacatecas, por la Calzada Madero. Cuando el mesero nos informó que todos los jueves ahí cantaba Hugo de Haro, nos

prometimos regresar un jueves de los últimos días del octavo mes de ese 2022. No pudimos cumplir la promesa.

No pretendo dejar la sensación que nuestras charlas solo tenían lugar en las cantinas, formaron parte de nuestro vivir, sí, pero lo menciono para demostrar el carácter bohemio y relajado de mi amigo, quien vivía como si el futuro fuera cosa secundaria.

-Mira, este libro te servirá para lo que escribes ahora-. Leí la portada en un parpadeo, era una biografía de Lombardo Tolledano y estábamos saliendo de la Gandhi. Mayela traía en sus manos un libro sobre filosofía, también selección y regalo de Luis. Yo ya vivía en Saltillo, y un par de meses antes, mi mujer y yo habíamos recibido la visita de Luis, quien iba a la tierra del sarape por asuntos de trabajo. "Un caso que tiene que ventilarse en un juzgado de aquí", nos dijo. Ahora mi amigo nos regalaba algo cercano a nuestras lecturas de esos días.

Buena memoria tenía Luis, o simplemente era cuidadoso con nuestras charlas. En pocas ocasiones discutimos, casi siempre coincidíamos en nuestros juicios, hasta que en la navidad pasada, la última vez que estuvimos juntos a invitación de Araceli, para saborear unos riquísimos tacos por el rumbo del Mercado Juárez. El tema del plagio de una magistrada al servicio el presidente saltó a la mesa, esperaba una condena por parte de un abogado que siempre admiré por su defensa

del derecho; pero lo que escuché azorado fue una defensa a ultranza de quien denigraba el oficio y una condena a mí por odiar, puesto que yo culpaba al jefe del Ejecutivo de pretender apoderarse de otro poder.

-Siempre estás en contra del Peje y no lo puedo permitir- nos dijo. Porque Mayela, con frases más contundentes, calificaba el episodio como algo bochornoso y propio de dictadores.

No miento que nunca había visto como ese día al amigo que había conocido por intermedio de Luis Lauro, muchos años atrás. Amigo que había sido mi compañero de trabajo político, editorial, incluso mi abogado en asuntos jurídicos ligados a mi familia. Ahora nos habíamos disgustado por naderías.

Días después, cuando la molestia se alejaba para que el cariño al amigo tomara su lugar, inicié preparativos para realizar una reunión nada más entrando el año; quería que las cosas retomaran su dimensión y volvernos a abrazar. Debo aclarar que el desencuentro había sido efímero, y que cada quien tenía razón a su manera. Sin embargo, una mañana recibí un mensaje de Luis Frías Leal, su hijo, para comunicarme que su padre había muerto. Se me hizo un nudo en la garganta, y abrazando a Mayela le dije que suspendíamos el viaje a Monterrey, no habría reunión.

Nuestro próximo encuentro será en otra dimensión.

Gracias.

Cómo no te vamos a querer, querido Luis... y a extrañar

Jorge Domínguez Cedeño

El valor de las cosas no está en el tiempo que duran, sino en la intensidad con que suceden. Por eso existen momentos inolvidables, cosas inexplicables Y personas incomparables.
Fernando Pessoa

Cancún.- Es difícil empezar un texto recordando a un amigo ya ausente, sin embargo, tú sigues aquí Luis, a pesar de la distancia y el tiempo; contigo reafirmé lo que es querer, admirar y ahora a extrañar a un camarada en toda la extensión de esa palabra.

Coincidir contigo, con el Foko y Rolando fue un gran hallazgo en mi vida. Aunque nos conocimos en el terreno de la política, mi cariño contigo abarca todos los sentidos de la vida.

Ser y sentirme tu amigo es saber la inmensidad de la amistad, contigo el tiempo pasaba volando, entre la camaradería tuya y del Foko, más la sapiencia del Maestro Rolando.

Si dimensiono el tiempo que convivimos, que estuvimos juntos, es muy poco; sin embargo la intensidad de tu ser y lo profundo que brindaste tu amistad, tus capacidades, tu ternura incluso y sobre todo tu compasión por el otro, funde cualquier tiempo y distancia.

Ahora estarás en alguna asamblea donde te encuentres tomando nota en esas pequeñas libretas en las que tu letra minúscula le daba valor a esos momentos; y soy testigo de tu capacidad de sintetizar lo más importante de aquellas interminables asambleas, primero de México Posible y después de Alternativa Democrática.

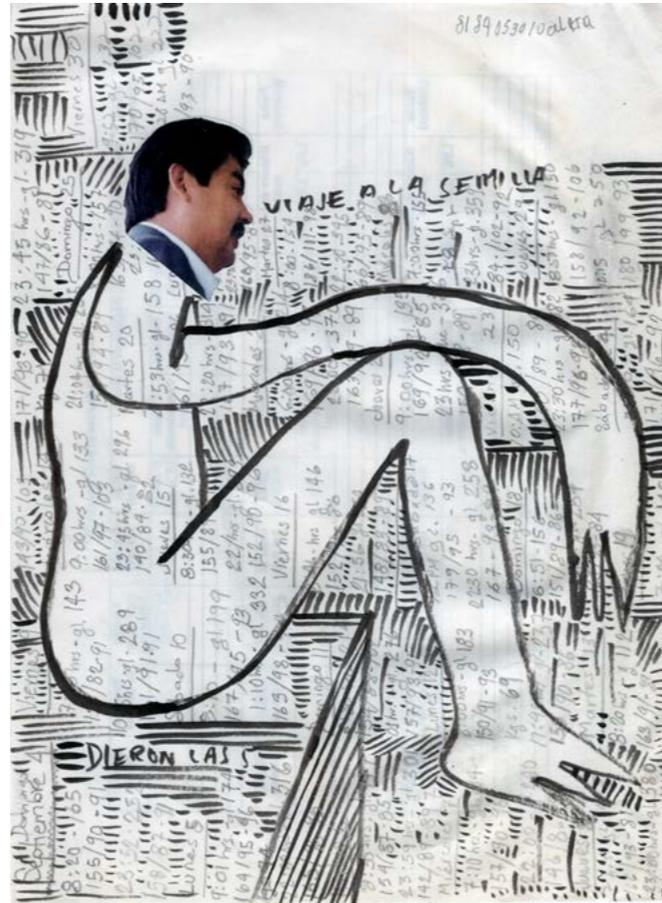
Soy testigo y valedor de tu amistad, creo que ese fue lo más grande que nos ofreciste, estar ahí, sin estar ahí. Me tocó recibir tu cariño y apoyo en momentos difíciles de mi vida, pero tu impronta paz me daba soporte a esos lapsos por las dificultades que pasé.

Tal vez, quienes someramente lean esto, no entenderán a la cabalidad lo que aquí escribo; sé que tenías un lado oscuro, por el que transitabas un día sí y otro no, pero en esta vida el balance lo dabas con tu luz, conocimiento de la ley, tu compasión, tu profunda compasión hacía languidecer esa oscuridad, donde también eras Tú.

Te quiero Luis, como un hermano mayor; era saber que podía poner en tus manos mi vida y sé que la honrarías antes de que algo me sucediera. Así de profundo y certero sentí y siento tu cariño y amistad.

Ahora que escribo en estos renglones, me saltan tantas anécdotas de momentos que compartimos, al calor del alcohol y el cigarro y la ocurrencia del Foko o la sabiduría de ese maestro Jedi que Rolando fue para nosotros.

Cómo no te voy a querer y extrañar, Luis; fuiste el hermano, el amigo que me enseñaba a dormir poco y soñar más con un México posible; aprendí contigo que la amistad es a prueba de distancia y de tiempo. Te quiero y extraño Luis.



Luis Frías leal
Viaje a la semilla, 2024
28 x 21.6 cm
Tinta y lápiz sobre papel

Abrazo manilargo

Irgla Guzmán

Monterrey.- Conocí a Luis Frías Teneyuque, siendo muy jóvenes; confluimos en causas y propósitos de vida, por lo que no era extraño coincidir en eventos y convivencias, muchas de ellas organizadas por Luis Lauro Garza, quien nos convocaba ahora a esta reunión de pensamientos escritos en memoria del amigo cuyo espíritu conservaremos vivo a través de los recuerdos compartidos.

Sin imaginar que sería la última vez, hace dos años hablamos por teléfono, la tarde del 13 de junio del 2022; nos pusimos al día contándonos un poco de todo: salud, familia, trabajo, política... Lo escuché contento, con buen timbre de voz, hacía mucho que no conversábamos; su llamada tenía una intención particular, contarme sobre Luis Frías, su hijo artista; quería que supiera lo que estaba haciendo, que lo conociera, me dijo que se encontraba muy activo innovando conceptos a través del arte, habló de sus logros y avances profesionales con orgullo mesurado. Con su característica inteligencia fue guiando la plática hasta despertar mi curiosidad: “Anda ahí creando unos Manilargos”, dijo, traté de imaginar cómo pudieran ser. Le pedí entonces que nos pusiera en contacto para ver algo de su obra, para luego invitarlo a entrevista en “Participación”, una colaboración semanal que transmitíamos los miércoles, desde el estudio del 15DiarioTV. Cuando vi la carpeta de arte con los dinámicos y coloridos Manilargos, quedé encantada del concepto definido con estilo propio y muy distintivo.

Pocos días después estábamos ya en el estudio con la transmisión en vivo y algunos seguidores en redes, el primero: Luis, papá. La amena charla fluyó entre risas animadas y confianza, hubo ese click, “de las generaciones que se entrecruzan”, como diría luego otro amigo



Conocerte mejor, 2024
30.5 x 22 cm
Palimpsesto de collage y tinta sobre papel

espectador.

Ese diálogo bastó para constatar su profesionalismo, su pasión por investigar, crear y aportar al arte, a la cultura, pero sobre todo, para sentir como si ya nos conociéramos desde siempre.

Pronto también hubo la oportunidad de invitarle a colaborar en una Semana Cultural; luego en otra, con gratos resultados y aceptación.

Su obra me maravilla, tanto como su dedicación y entrega para compartir-

la, no hay razón para mesurar halagos, desde el primer momento me declaré públicamente fan.

Agradezco a Luis Frías, padre, haberme dejado en contacto con su hijo, en lo que ahora interpreto no como una despedida, sino como un entrelazado, colorido y prolongado abrazo manilargo de amistad y cariño que nos une.

Ciudadano del mundo

Chava González y Luis Frías Leal

El 10 de agosto del 2024 nos juntamos en Casa Serafín con Luis Lauro Garza y trabajamos "a cuatro manos" en algunos dibujos mientras conversábamos de recuerdos acerca de LFT. El resultado fueron unos dibujos a suerte de conversación, cadáver exquisito.



63 indicios de ti

Luis Frías Leal

Monterrey.- 1) alguna vez te vi tomar notas en alguna servilleta o el reverso de un escrito. Mas realmente no me había dado cuenta que te copié tomar apuntes en pequeños papeles, e incluso transcribir en digital e imprimir los pendientes del día o semana.

2) Eras más competitivo de lo que muchos se imaginarían. Inventabas campeonatos de dominó, canasta uruguayana o basquetbol. Tú, mi abuela, Aracely, abuelo y yo nos íbamos rotando los "campeonatos" semanalmente.

3) Siempre te gustó comer, pero cuando dejaste de tomar, comer se volvió en un placer mayor, a veces hasta te conmovía la emoción de algún platillo especial, por más simple que fuera.

4) El antojo podía malhumorarte, aunque normalmente eras muy ecuánime.

5) No te gustaba estar en casa, preferías la calle, aunque muchas veces te encerrabas en cafés, bares, oficinas; a veces pasabas de uno a otro como una peregrinación. El bar es un espacio público.

6) Te gustaba ser abogado, creías en la justicia y las leyes; te gustaba encontrar la mejor solución para un problema/caso, te daba una sensación de ayudar a la gente. Muchas veces lo hacías sin cobrar.

7) Creías que la llave del mundo estaba en la lógica y las teorías de argumentación. Saber argumentar era tener la razón. Yo me involucré más en la semiótica pragmática, teníamos la argumentación en común, pero en más de una ocasión, mi relativismo mostraba que en el fondo sí creías que existe la

verdad.

8) Antes de que te diagnosticaran apnea del sueño, hubo un tiempo en que te quedabas dormido en todos lados. A veces por las noches parecía que dejabas de respirar, y de pronto una impresión abrupta, jalabas aire tan fuerte que te despertabas. ¿Cuántos años habrás pasado sin dormir?

9) En 1999 yo no quería ir a ver a Santana en la gira de Soul Sacrifice, no lo conocía y lo rechacé. Tú insististe. Cuando tocó Samba Pa Ti me conmovió al punto de lágrimas, a pesar de mi corta edad. Unos años más tarde, me tocó ver que la canción hipnotizaba a la mamá de un amigo en Texas; sentí como aprender abre conexiones.

10) Pocas veces fuiste a verme tocar, realmente no supe por qué, pero la primera vez que lo hiciste tuviste un cambio de opinión acerca de mi vida rockera; y me sugeriste dejar mi carrera y entrar a la facultad de música.

11) Mi primera banda se llamó *Unidos contra el sistema*; me dijiste que el mundo era más real de lo que parecía, más gente ponía atención y que me recomendabas un nombre más poético para evitar problemas.

12) Cuando era muy pequeño y hacías tertulias en la casa, yo me escondía detrás del pasillo para escuchar a tus amigos tocar; todo se reunía alrededor de la música, y en específico la guitarra.

13) Entre más pasaba el tiempo, más te conmovía la música; pensar o escuchar una canción te ponía en llanto. Una canción que siempre lo hizo, era "Cantares", de Serrat.

14) Te gustaba debatir, siempre escu-

chabas a todos hablar, a veces tomabas notas y a veces no. Hablabas al final, casi siempre haciendo alusión o respuesta a todos los demás argumentos.

15) Una vez me rompieron una botella en el rostro en un bar. El suceso me dejó enojado y nervioso. Aunque no eras muy supersticioso, un día me sentaste y me diste un trébol de cuatro hojas y me dijiste que todo cambia.

16) A raíz de tu experiencia en la Secretaría de Salud, decías que "el jodido tiene derecho de buscar todas las vías para curarse".

17) Fuiste fundador del jurídico de la Secretaría de Salud del estado.

18) Te gustaba el dicho: "Quietos pollos pelones, que ya les van a echar su maíz".

19) La película *Macario* te gustaba como con miedo.

20) De escuchar música, pasaste a una etapa en que siempre escuchabas noticias: el Canal del Congreso, programas de opinión. Más o menos tengo la misma edad que tú cuando esa transformación. Me gusta y a la vez me asusta; prefiero escuchar música.

21) Siempre querías hacer domingo familiar, por la mañana almuerzo (de preferencia en la calle), luego con mi abuelo; por la noche veíamos juntos los *Simpsons* y después *Cuéntame Lo Que Pasó*.

22) Te gustaba jugar a la lotería nacional; a veces hasta se te olvidaba revisar los resultados o cobrar cachitos con reintegro.

23) Una vez te ganaste una camioneta, la vendiste y me llevaste a Disney World. Nos fuimos en camión de Fort

Worth, a Kissimmee, Florida. Lo que más nos gustó fue pasar por el Superdome en Nueva Orleans, comer unas piernas gigantes de guajolote en el parque y cenar pizza en el único lugar abierto que encontramos en Navidad.

24) Tu programa favorito era *La dichosa palabra*.

25) Te encantaba platicar de la ciudad, qué había en cada lugar (antes de ser lo que es ahora); trazar rutas, especialmente alrededor de comida y bares.

26) Te encantaban los elotes asados. La última vez que nos comimos uno juntos fue en la Alameda de la CDMX. ¿O fue en Santiago?

27) Más te gustaba reconstruir rutas en la CDMX, caminábamos con palabras por calles y lugares, como un gusto de sobreponer experiencias, estar juntos en el deseo.

28) En tus últimos dos años de vida batallaste mucho para concentrarte, lo cual te frustraba mucho. Leías menos, te tenías que esforzar más para lograr lo que en otro tiempo te era cotidiano.

29) Te gustaba agarrar carretera, aquí en el estado o hacia tu tierra natal, San Miguel de Allende, Guanajuato. En Guanajuato visitábamos varias ciudades, pero tarde o temprano iríamos a limpiar la tumba de tu abuelo. Hasta que te enojaste porque querían cuestionar su "perpetuidad".

30) Cuando falleció mi abuelo yo estaba en Francia, no me querías decir, pero yo notaba que algo andaba mal. Cuando me lo comunicaste, pregunté si regresaba, y me dijiste que no tenía caso. Esa noche fui a tomar con Alan al monumento de personas ilustres, Panteón de París, en homenaje a mi abuelo; y eso te dio gusto.

31) Me leías mucho, desde pequeño, desde cuentos infantiles, el periódico, muchos cuentos rusos, hasta Marx. Supongo que en algún momento final de tus lecturas a mí, me leías lo que tú necesitabas leer; pero me cambió la vida, pues tenías a la vez que intentar explicármelo.

32) En un verano que vine a visitarte me llevaste a un taller del *Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir, impartido por Xavier Araiza en la Casa de la Cultura; yo he de haber tenido 11 o 12 años.

33) Te gustaba mucho andar perfumado y bien vestido.

34) Una de tus herramientas de análisis era organizar el pensamiento entre razones y pasiones.

35) Muchas veces me dijiste que estaba siendo apasionado en algún tema.



36) Siempre podías organizar las ideas desde un plano o dimensión más amplia, lo que ubicaba las cosas un poco. Quizás daba lógica a las pasiones e invitaba a pensar más racionalmente.

37) Un día que tomaste en casa (casi nunca tomabas en casa), me llevaste a un librero y me enseñaste tu ejemplar del *I Ching*; me dijiste que era un libro mágico para ti, pero porque daba posibilidades de argumentos; que cuando lo necesitabas lo consultabas, que podía usarlo, pero era el único libro de todos que no debía cambiar de lugar.

38) Te gustaba memorizar información, a la vez que decías que era igual o más valioso saber dónde buscar y encontrar la información que necesitas.

39) Te encantaban las paletas Dumbo.

40) Cuando me "deportaron" de USA, te comenté que ya estaban por empezar clases de nuevo y estaba listo para

regresar. Me llevaste por unas paletas Dumbo, nos estacionamos en la Plaza de La Purísima y mientras comíamos me dijiste algo definitivo: te quedas en Monterrey, porque allá corres muchos riesgos.

41) Años atrás, cuando me fui con mi mamá a USA, me dijiste que era el hombre de la casa.

42) De más niño, cuando se separaron, te veía los fines de semana y todo era fiesta: ir a la lucha libre, los tacos, hasta cantinas de día, a ver partidos de fútbol del Mundial del 94.

43) Me regalaste mi primera música; mientras que escuchaba a Serrat, Silvio, Milanés y Zitarrosa contigo, de pronto tenía discos de cuentos (uno de piratas que me encantaba, pero no he podido encontrar) y el soundtrack de *La Bamba*, por Los Lobos. Yo escuchaba ese disco desnudo en la biblioteca de la casa de Washington, en el centro de Monterrey.

44) Años más tarde, me acompañaste a comprar mi primer casete. No recuerdo si fue *Dangerous*, de Michael Jackson, o *Inner Circle* o *Ace of Base*.

45) No te gustaban, por menos en el tiempo que bebimos juntos, los bares abyectos.

46) Alguna vez tuve que ir a buscarte a Los Ángeles, la cantina de barrio, en Washington esquina con Montemayor. Yo la conocía por el camino que tomaba para ir al estanquillo de enfrente (de Don Sabino); escuchaba el barullo, pero solo veía por debajo de las puertas batientes. Ese día, yo de unos 5 años, fui por ti para atender una llamada urgente por teléfono. Entré y mi mirada se nubló: solo te vi a ti. Años después me junté en ese bar, ya demeritado, pues el barrio había cambiado, y tarde o temprano comenzamos a hacer tocaditas de rock.

47) Cuando viste que me estaba juntando en el Gargantúas, me lo dejaste.

48) En tus últimos años, comenzaste a hacerte más fan del fútbol; lo veías religiosamente, a veces hasta ibas al estadio. De vez en cuando me invitabas, pero no mostré interés.

49) Lo que más te gustaba de ir al estadio eran las Tortas Minuit al salir.

50) Cuando los Sultanes fueron bicampeones en los noventas, íbamos como 2 o 3 veces a la semana al estadio; yo le iba a los Industriales y te molestaba. Según yo era porque era equipo menor; luego entendí el nombre. Aunque los Sultanes también era un nombre confuso. Nos bajábamos a la cancha al terminar los juegos y aventábamos la pelota recién autografiada.

51) Fuimos a casi todos los juegos de Tigres, cuando estaban en segunda división.

52) Eras muy paciente, pero podías explotar; muchas veces hasta me molesté que alguna charla se convirtiera en conato de bronca; te encaré y contestaste que había que cuidar lo justo, y que chingarán a su madre. Nunca entendí esa parte de ti.

53) Me invitaste y enseñaste a ser ético y justo. Y para hacer habría que ser empáticos y no juzgar.

54) Nunca nunca nunca me dejaste morir; muchas veces me metí en broncas difíciles y me ayudaste, no solo a salir de ellas, sino a procesarlas.

55) Querías ser maestro de todos. Recuerdo que muchas veces explicabas a meseros, y luego enfermeros, libros, teorías; muchas veces dabas lecturas y encargabas tareas.

56) Te gustaba regalar libros; los que



más te gustaban los volvías a comprar una y otra vez, porque regalabas tu ejemplar.

57) Tenías mucha disposición de hablar con mis amigos; a veces asesoría legal, otras veces emocional y filosófica.

58) Formaste dos partidos políticos. Durante ese tiempo la ley electoral era tu obsesión, tenías muchas esperanzas de incidir en el futuro del país, no tantas de ser candidato (aunque llegaste a serlo de modo plurinominal).

59) Me da la impresión que siempre pensaste que te debiste de ir de la ciudad; pero de alguna forma extraña te quedaste combatiendo y reglamentando la "bata blanca" a quemarropa.

60) Guardabas documentos y periódicos como quien construye su propia biblioteca o memoria del mundo. A veces aceptabas deshacerte de algunas cosas, pero implicaba una gran organi-

zación. Ahora Aracely, mi abuela y yo estamos en un trabajo hormiga inmenso de organizar todos los documentos.

61) Tu voz comenzó a tener un tono de gruñido, no por enojo, sino por una cadencia que lo hacía salir.

62) Había un extraño optimismo en pensar que mañana podríamos resolver las cosas.

63) Lo último que me dijiste fue que debía ser más conciliador.

He escrito varias cosas acerca de mi padre. Es muy complicado asumir que se conoce a una persona, o en su defecto describir cómo se conoce a una persona en un espacio breve. Parece que tomará por lo menos el mismo tiempo que convivimos. Decidí hacer esta recopilación de intersecciones e indicios. Solo llegaste a los 62 años de vida. Las intersecciones que continúan son la influencia que dejaste en nosotros.

El Abogado Perroni

Luis Lauro Garza



Monterrey.- Conocí a Luis por medio de Humberto Salazar, quien lo invitó en algunas ocasiones a convivir con nosotros en fiestas, ya al final de la carrera de Sociología. Lo recuerdo en pants, noviendo feliz con la mamá de Luis César, con la mirada venturosa de quien se sabe poseedor de buenas dotes académicas, rumbo a la inminente realización profesional.

Lo perdí de vista mucho tiempo y me volví a encontrar con él en una feria del libro, a mediados de los noventas. A partir de lo cual comenzamos a vernos ya con mayor frecuencia.

De una honestidad probada en los años de conocerlo, fue justiciero idealista en la adversa realidad plagada de carreras exitosas casi siempre fincadas en la corrupción del jefe y la humillación hacia el subordinado. En ese ambiente, Luis obtuvo logros notorios como funcionario público. Hasta un límite determinado por las circunstancias adversas.

Ejerció su libertad muy suya litigando por su cuenta. En ese rol complementó su vocación reforzando su bagaje teórico, filosofando cátedra en bares, cafés, auditorios; organizando partidos políticos socialdemócratas (México Posible, Alternativa Socialdemócrata..., en sintonía con Patricia Mercado, Rolando Guzmán, Rogelio "Foko" Ojeda y varios amig@s más); participando en proyectos editoriales (fue nuestro asesor legal en *La Quincena* y *15diario*; acompañó otros más, pero lo sorprendente fue que Luis César me mostró hace unos días, en la confección de este número, una increíble cantidad de archivos de su papá, entre ellos los recibos de pago meticulosamente ordenados del semanario *El Pleno*, un medio que se frustró antes de aparecer en los noventas, y donde Abraham Nuncio sería nuestro director).

La vida bohemia de todos nuestros encantos tenía a Luis como uno de sus mejores contertulios: copa segura, con plática ilustrada, atendiendo casi siempre un proyecto o acción en puerta. Del Reforma al Club Alemán, del Antonios a Los Compadres, del Club del Maestro al 1900, del Cicero's al lobby de cualquiera de los hoteles de la Zona Rosa, de La Chunga al Gargantúas... Y en muchas ocasiones, la velada concluía con una de sus frases célebres, dirigida al mesero en turno: "¡Las de la casa!" Con la propina era suficiente para pagar otra ron-

da, pero a él le gustaba mucho el código de honor y cortesía. Y cuando se excedía en la tomada y desvelada, aparecía impecable y lozano a primera hora de la siguiente mañana, fresco como una lechuga.

A su papá lo conocí poco, aunque en alguna ocasión Luis le pidió que intercediera ante su amigo notario para que nos patrocinara una escritura de constitución de una S.A. Favor que fue concedido.

Al escoger la abogacía como opción profesional, es obvio que su padre era la referencia de apoyo.

Se esmeró también en presentarme a su madre, con quien convivimos en varias ocasiones. Y con Aracely también recreamos el aprecio mutuo en coyunturas específicas.

Muchos han comentado la intención recurrente de Luis al presentar a su hijo con sus amigos. En mi caso no fue la excepción. Me tocó conocerlo en plena transición de la adolescencia a la madurez. Echar la plática y la copa juntos, verlo madurar como artista plástico, abrirse paso entre la jungla citadina, cargada de bellezas y violencias, de oportunidades y crisis... A él le debemos en buena medida la hechura de este homenaje a su papá.

A Luis le gustaba hacer amigos, pero le gustaba dar más de lo que uno sabe o puede dar por convención. Quienes fuimos sus cercanos, nos sentimos honrados por ello, al mismo tiempo que sentíamos el compromiso enorme (era mi caso) de poder equiparar su entrega con la reciprocidad debida. A mí me tocó terciar ronda común con otros; entre los más recurrente de las últimas dos décadas: Foko, Rolando, Valencia, Rolando chico, Sabino... Y desde luego, aquellos con los que mantenía otros grados de complicidad desde antes: Humberto, Pámanes, René, Abel, Araiza, María, La Chave, Rino... y más. Y much@s más.

Una faceta jocosa de Luis era su afición por los latinajos, quizá por su cercanía con el derecho romano. El caso es que se deleitaba con varias expresiones, una de ellas pronunciada por Nuncio y retomada al vuelo: *minimum minimorum*. Y *minimum minimorum* casi para toda ocasión. Quizá por ello, cuando se ponía en modo tribuno, de pie y con voz engolada, solía ostentarse con un autocalificativo: ¡Yo soy El Abogado Perroni!

Lo que debimos haberle dicho a los diputados

Arnoldo de la Garza

Monterrey.- Me llené de vergüenza cuando, de manera respetuosa, pero a la vez con énfasis y sin andarse por las ramas, me reprendió por haberlo interrumpido mientras hablaba sobre lo mucho que perdían los filósofos cuando se les traducía. Fue algo como “cuando el interlocutor expone sus argumentos, se debe escuchar con atención; interrumpir deja claro que eso no se está llevando a cabo”. Eso ocurrió cuando teníamos alrededor de quince minutos de haber sido presentados por Luis Frías, su hijo y mi amigo. Miré de reojo a Luis y sí lo percibí algo incómodo. Yo me sentí como un niño inseguro, a quien, no obstante su adultez, se le había exhibido como alguien con aspectos muy básicos pendientes de aprender, por lo que recuerdo haber pensado que tal vez no congeniaríamos, no sólo por la brecha generacional, sino por el accidentado comienzo, pero para mi enorme fortuna estaba equivocado.

Fue también la ocasión en la que me enteré que César era el segundo nombre de mi amigo Luis, ya que su padre siempre se refería a él como Luis César, añadiendo cierta marcialidad al nombre de César, dando tal vez a entender que era alguien con su propia personalidad, un individuo en pleno ejercicio de sus definiciones; sobre todo porque, al ser el júnior, compartían nombre de pila y en esa misma dialéctica él por su parte daba realce a su apellido materno: “Soy Luis Frías Teneyuque”, se presentaba habitualmente, esbozando una leve sonrisa, pero llena de complicidad; y sospecho que esa ritualidad personal la manejaba antes de que personajes como Gael García Bernal se empeñaran en nunca prescindir de su apellido materno, así que la novedad es nuestra, ¿no? Aunque, bien lo sé, en algunas expresiones nos volvemos libres al despojarnos de nuestros nombres, para así fundirnos en la a veces sana fuerza comunitaria; lo somos también cuando nuestro Yo se reafirma ante quienes quieren anularlo, quitarle sus atributos, volverlo estadística y tapanlo con un falso “todos”. El nombre nos hace asumir posturas, sobre todo cuando éste abre todo el compás y no recurre más al recato.

El episodio de la interrupción corregida, su consecuente aprendizaje y la permisibilidad de que una conversación se desarrollara, se dieron originalmente porque poco más de un mes antes, a finales de noviembre de 2008, me habían despedido de mi trabajo. Me explicaron que debido a la crisis económica, la plana mayor del banco en el que trabajaba tomó la decisión de eliminar una cuota importante de plazas, entre ellas la mía. Yo había tenido, me parece, un buen desempeño. Digo, dentro de lo que cabe, porque tampoco me encontraba

ahí feliz de la vida, pero al menos cumplía con lo que se me pedía. Añadieron que se eligió mandarme a la calle porque mi par, es decir, el compañero que desempeñaba mis mismas funciones, de manera complementaria conmigo, era mucho mayor que yo, padre de familia, etcétera, y querían hacer “el menor daño posible”. Supongo que ahí aplica escribir algo como “así es la vida”, etcétera. A Luis César –ahora con frecuencia le digo así–, lo conocí en el entrañable y a veces esquivo bar cultural Gargantúa’s, cuando se asomaba el otoño de 2005. Yo estaba en la banda de rock Sophía, con la cual llegué a tocar un montón de veces en el querido bar en cita, y le proyectábamos a la señora Belmonte –entonces propietaria– un videoclip de la banda, el cual recién habíamos llevado a cabo con gente de la localidad. El resultado fue en extremo asqueroso y a pesar del tiempo transcurrido le sigo agradeciendo a la señora que no nos haya dicho lo que realmente le pasó por la mente mientras veía ese arquetipo del horror involuntario; pero sirvió para que me dijera: “Mira, te voy a presentar al vocalista de los Evil City Nights: su grupo es muy bueno y me gusta el rock que hacen. Si le pasas tu video seguramente te dará buenos consejos”. De inmediato sentí una importante conexión con Luis. A mí siempre me ha llamado la atención interactuar con artistas, es decir, con creadores aterrizados –no pedantes– y que tengan muy en claro en qué consiste la condición humana y el rol de un creador dentro de la sociedad y como constructor de su propio ser. Luis reunía esas condiciones y además me pareció una persona inteligente, cálida, generosa y, algo para dar de brincos, alguien tremendamente parrandero, como yo lo era durante esos años. Además de músico era pintor y diseñador, pero de los que tienen su músculo: ya había expuesto, desde muy joven, en varios recintos de México y de Estados Unidos. Huelga decir que nos volvimos amigos con pasmosa rapidez: compartimos toquines no sólo en el Gargantúa’s, sino en otros sitios de la ciudad y solíamos terminar la faena rockera por lo general en casa del mismo Luis o de Víctor de la Cruz, el guitarrista de los Evil, escuchando clásicos del género, lastimando aún más la voz al mostrarles a los demás alguna nueva composición, buscando algún generoso visto bueno, ya desinhibidos por el exceso de cerveza. También esperando la hora de la barbacoa. Pobres de nuestros cuerpos, pero por otra parte había mucha dosis de vitalidad.

Pues bien, cuando le conté a Luis que me habían despedido y que ello, para mí mucha vergüenza, me llenaba de desasosiego, me reiteró –porque ya me lo había dicho meses atrás– que me haría mucho bien conocer a su padre, abogado de profe-



sión. Finalmente nos pusimos de acuerdo y nos vimos. Creo que corría el mes de enero de 2009, en el ahora desaparecido restaurant-bar Reforma, que se ubicaba sobre Ocampo, a unos pasos de la Macroplaza. Después del breve episodio incómodo de la interrupción y su correspondiente correctivo, la plática comenzó a fluir. El licenciado Frías Teneyuque intercalaba preguntas sobre mi bagaje tanto laboral como vital en general con reflexiones sobre la práctica jurídica y su incidencia en el devenir social. Luis César abonaba en que la conversación cada vez fuese más aceiteada, mediante acotaciones existenciales y cuestionamientos acerca de lo mal que veía, él como externo a la profesión, el mundo del Derecho.

No recuerdo haber conocido antes a un abogado con esa visión humanista. Normalmente para mí los abogados estaban plegados al pragmatismo, sacar adelante los problemas que los clientes les encomendaban, buscando los recovecos legales que las circunstancias permitieran, y cobrar honorarios. Sí, a veces tirar cátedra, según ellos, sobre ética y moral, recurriendo a veces a la sobada cháchara de los valores mientras se ningunea a los revoltosos, pero fue algo que siempre me dio una sensación de vacío. Con el licenciado Frías Teneyuque el cariz, y así lo percibí desde el amanecer de nuestras interacciones, era marcadamente distinto: hizo hincapié en que para él los abogados deben de ser elementos importantísimos para impulsar el tener una sociedad más justa, no solamente servir al cliente que nos paga, ya que los profesionales del Derecho tienen el deber moral de difundir entre los no avezados en el estudio jurídico cuáles son los derechos básicos que nos son inherentes como seres humanos y abonar así en una mayor cultura no sólo de la legalidad (finalmente las leyes son bajo pedido de quienes mandan) sino de la defensa de las prerrogativas más fundamentales. Finalmente, eso empata con la retórica de los grandes luchadores sociales de los cuales nos da debida cuenta la Historia –los pocos no corruptos, digamos, que sí los ha habido– en el sentido de que la educación de todas las capas sociales es indispensable para pensar en una verdadera mejoría de las condiciones, que a todos nos determinan. Para beneplácito de Luis César, el licenciado Frías me proporcionó su número telefónico, así como su correo electrónico, preguntándome si podía enviarme artículos tanto jurídicos como culturales en

general, ya que tenía la costumbre de difundirlos entre sus amigos, por lo que, muy honrado, respondí de manera afirmativa; y cerró el primer encuentro invitándome a formar parte de la Asociación Nacional de Abogados Democráticos, Sección Nuevo León (ANAD), de la cual era secretario. Se reunían en un salón que les facilitaban en la Casa de la Cultura Jurídica, que tenía su sede en una antigua, y muy bella, casona ubicada sobre la calle Zaragoza, a unas cuadas del periódico *El Norte*.

La ANAD era muy distinta a los colegios de abogados que había tenido la oportunidad de conocer. Se trataba de abogados con sentido de clase social, comprometidos con las causas más importantes y de manera constante se echaba mano de la palabra justicia. A las sesiones que acudí y que se llevaron a cabo en el recinto mencionado anteriormente, tuve el gusto de departir con jueces, activistas de la más diversa índole, como colectivos feministas, ambientalistas e indigenistas, sólo por mencionar algunos. El licenciado solía pedir la palabra al final, ya que prefería, una vez concluida la ponencia de los invitados en turno, así como los comentarios de los miembros de la asociación, poner la cereza en el pastel, dar la puntilla. Se expresaba con mucha propiedad y respeto, lo cual le permitía, como un colorario inesperado, lanzar un comentario revestido de cierta acidez, con jiribilla.

Uno no se la puede pasar aplaudiendo si busca generar algunos cambios, ¿No? O al menos intentarlo. Otra cosa con la que insistía era que fuésemos más allá de la opinión, de sólo reunirnos para sobarnos el lomo y pulir la egolatría: debíamos de incidir. “El buen abogado, además de generar opinión y debate, incide”, apuntaba con frecuencia.

Recuerdo de manera especial cuando se dieron los llamados “narco bloqueos” en la ciudad: jóvenes presuntamente enviados por el crimen organizado –muchos de ellos armados– a bloquear arterias importantes de nuestra urbe, con el objeto de, según decían, exigir justicia para de sus parientes encarcelados. De paso, a punta de pistola, robaban a los conductores, no hay que olvidarlo. Más allá de los desafortunadísimos –como siempre– comentarios del inefable señor Fasci, en el sentido de que, ya siendo Monterrey una gran ciudad, debíamos de acostumbrarnos a ese tipo de eventualidades (“en las grandes ciudades hay bloqueos y protestas: es propio de ellas”; algo así apuntó)

pero, de manera mañosa, aprovechando un claro sentir social, el Congreso del Estado aprobó a toda prisa una serie de reformas al Código Penal que claramente criminalizaban la protesta, dando mayores facultades al poder público para fincarles responsabilidades a quienes tuvieran la osadía de bloquear avenidas para reclamar lo que fuese, y en ese sentido, en la ANAD, con importante impulso por parte del licenciado Frías, elaboró un comunicado dirigido a nuestro poder legislativo, donde argumentábamos lo que considerábamos coherente y necesario, para que se diera marcha atrás a esa desafortunada reforma. Se buscó que varias organizaciones no gubernamentales y colectivos en general lo firmaran para así fortalecer el impacto de dicha petición (y también se hizo un comunicado de prensa, pero conociendo a los medios de comunicación de nuestra ciudad, no sorprende que haya pasado por alto) pero algunos de ellos se negaron, sosteniendo que no les agradaba quedar como meras comparsas de otra organización. Digamos que su liderazgo no iba acorde a acceder a nuestra petición de apoyo. Claro: el protagonismo y la pedantería de algunos supuestos luchadores sociales no pueden faltar, pero omito decir nombres para evitar grotescas rasgadas de vestiduras. Lo que más recuerdo fue que mientras comíamos en el Reforma, cuando hablamos sobre lo que convenía manejar en el comunicado a los legisladores, me dijo por lo bajo: "El comunicado debería de decir: ¡chinguen a su madre!".

Ojalá lo hubiésemos manejado así

Ese año, el 2009, fue para mí coyuntural, en cuanto a definir lo que intento ser, imprimirle algo de sentido a mi vida. Claro que, como todos, estoy en camino, pero en gran medida el licenciado fue para mí un faro, un teodolito, lo mismo que Luis César, y sigo estando muy agradecido con ambos. Desafortunadamente un cambio en lo laboral –un cambio para mí desafortunado, porque esos empleos no me gustan, pero el grosero determinismo económico es así: mi idea sigue siendo usarlo contra sí mismo, para obtener mi libertad de una cojonera vez– provocó que mi asistencia a las sesiones de la ANAD, aunque no cesó, se viera afectada, por lo que le comunicación con el Licenciado disminuyó. No obstante, continuábamos reuniéndonos con frecuencia en algunos cafés del centro de la ciudad, donde me encomendaba la redacción de artículos para la asociación, me actualizaba sobre reformas legales (casi siempre eran malas noticias: esas reformas generalmente atentaban contra los intereses de las mayorías) y me recomendaba libros. Nunca dejé de acudir a las conferencias que se organizaban, aunque lamentablemente no a todas.

La asociación comenzó a evidenciar una baja en la membresía. Yo mismo, debido al cambio de mi situación personal, tuve que ir reduciendo mi participación hasta en definitiva suspenderla, pero con el licenciado siempre mantuve la comunicación: las reuniones en cafés se siguieron dando, pero cada vez con menor frecuencia. Lo que hice para de alguna manera compensar la ausencia del licenciado en mi vida era llamarle de tiempo en tiempo por teléfono. Me preguntaba sobre lo que estaba leyendo, proyectos de vida que estaba llevando a cabo, etcétera. Cuando me notaba decaído hacía énfasis en que recordara que había gente que me quería de verdad y reiteraba su deseo de que me reincorporara a la ANAD. La última vez que acudí fue en diciembre de 2019, un par de meses antes de que la pandemia nos estallara en el rostro a todos.

Llevaba varios años con padecimientos de salud que por desgracia minaron sus fuerzas, pero nunca su vitalidad. La última vez que lo vi fue, si mal no estoy, cuando corría la prima-



vera del año antepasado. Era media tarde y yo caminaba sobre la calle Hidalgo, cerca de la plaza del mismo nombre, rumbo a una cita laboral, cuando pasé frente al cafetín que se ubica frente a la oficina municipal de control inmobiliario –o algo así–, también a la altura del desaparecido Vips, al cual muchos seguimos extrañando. Platicaba de manera muy animada con otras dos personas y me dio mucho gusto verlo con muy buen semblante: me regaló de nuevo esa sonrisa picarona, tan suya, e hizo la mímica de que nos llamaríamos por teléfono, cosa que siguió ocurriendo un par de ocasiones más, pero, como lo indiqué, no volvimos a coincidir. Cada vez que paso por ahí inevitablemente me surge su imagen.

Cuando supe, por Luis César, quien me iba teniendo al tanto de su salud, que lo habíamos perdido, además del inmediato vacío que se experimenta cuando perdemos a alguien que nos ha tocado el ser, me surgió una inmensa sensación de gratitud. Las verdaderas amistades dejan buena cuenta de su condición –y esto es infaltable– cuando sabemos que debido a ellas, en alguna medida, por mínima que esta sea, no somos los mismos, y yo, sin ningún dejo de duda, no soy el mismo que era antes de conocerlo. Aprender a prescindir de las personas que han influido en nuestro trayecto siempre representa una de las lecciones más duras, pero no nos queda otra que aprobar la asignatura, aunque permanece con nosotros una suerte de canto interior, como un halo poético que le imprime incluso tridimensionalidad a lo que en nosotros resuena. Son los ecos que nos ayudan a encontrarle sentido a lo que se nos va presentando y a estructurar nuestras representaciones.

La persistencia de la gratitud nos vuelve demasiado humanos.

¡Gracias!

César Hernán Pámanes



Monterrey.- Jefe, maestro, amigo, pero sobre todo hermano. Luis significa mucho en mi vida, él me animó a hacer muchas cosas que para mí eran inimaginables; siempre está presente en mi mente, cuando tengo un nuevo reto, la frase que me decía: "si no es hoy, ¿entonces cuándo?". No fui a su velorio, no me gustan, no quiero ir ni siquiera al mío... Para los que lo conocimos, hablar de una anécdota con Luis es difícil, porque estoy seguro que hay muchas y muy valiosas, como en mi caso. Lo recuerdo frecuentemente en situaciones en las que pienso... ¿qué haría Luis en esta situación?, ¿qué diría?, ¿qué pensaría? En este tiempo he pensado en muchas cosas que quisiera platicarle. Siempre dispuesto a escuchar y a dar consejo. Dispuesto a compartir, sobre todo conocimiento, que no cualquiera.

Anécdotas con Luis afortunadamente tengo muchas. Como ya dije, es difícil escoger una. Hace poco tuve la oportunidad de visitar la zona arqueológica de Palenque, Chiapas, y fue inevitable recordar una de las veces que fuimos juntos a la ciudad de México. En esa ocasión era mi cumpleaños y como regalo me llevó a conocer Teotihuacán. Me dijo: "siempre que vengo, no sé por qué, pero me pongo muy feliz". Y así estuvo durante toda la visita. Ya de regreso a la ciudad, caminábamos por la alameda central, y estaba tan feliz que parecía un niño; le emocionó mucho encontrarnos un puesto de esquites asados en un anafre. Así lo recordé en Palenque, feliz como un niño. Así me gusta recordarlo.

Un abrazo hasta el firmamento... Te extraño... Pero un día...

Un placer aprender de un máster

Juany Escamilla



Monterrey.- Tuve el placer de conocerlo hace aproximadamente 20 años; recuerdo verlo llegar como nuevo jefe de la Coordinación de Procedimientos de Regulación Sanitaria, de la Secretaría de Salud, dependencia en la que ya había colaborado, y donde él formó años atrás la Dirección Jurídica. Un hombre imponente y de gran carácter, pero muy humano. Empezamos nuestra relación con el pie izquierdo, ya que había comentarios, rumores de gente mal intencionada sobre mi trabajo. Con el paso del tiempo, a pesar de los comentarios, me dio la oportunidad de que le mostrara mi trabajo; y digo oportunidad, porque supe que pasado cierto tiempo, iba a solicitar mi cambio; sin embargo, mi trabajo habló por mí. Así, nuestra relación de jefe y empleada fue mejorando mucho, al punto de ganarme su total confianza. Recuerdo que en las reuniones de trabajo que hacía con el equipo, me invitaba a formar parte de ella y siempre me decía: “póngase a leer y a estudiar, y algún día va a estar calificando como sus compañeros”. Para ese entonces me desempeñaba con secretaria de la Coordinación. Le creí y empecé a estudiar la preparatoria, después del turno de trabajo.

Llegó el día en que él tuvo que dejarnos, por cuestiones de cambio de administración, y nos perdimos la pista por un largo tiempo; solamente le marcaba cada 25 de agosto, día de su cumpleaños, para felicitarlo. Siempre tenía tiempo para tomar mis llamadas. A pesar de la distancia, un día de esos le mencioné que ya estaba en séptimo semestre de Leyes, lo cual le alegró mucho, ya que yo siendo una mujer adulta, para él era un ejemplo de superación. La realidad es que tener pláticas con él era muy ameno, pues era un hombre de mucho conocimiento, sabiduría; sabía platicar de todos los temas que le pusieras en la mesa, un gran hombre con grandes sentimientos, pues cuando supo que yo estaba estudiando le dio por bien tomarme como su aprendiz, me hizo formar parte de sus proyectos, de casos legales que llevaba. ¡Vaya que si aprendí muchísimo con él todo la práctica que me faltó en la facultad!

Para mí era un placer aprender de un máster como lo era el lic Frías, un hombre que dejaba a todos con la boca abierta, tan culto, tan amable.

No puedo dejar de pasar por alto mencionar que a mi esposo, que

siempre anduvo con nosotros, lo invitaba a que se pusiera a estudiar también él, ya que también lo involucraba en los asuntos.

Un día nos invito a un caso a Zacatecas. Para mi esposo y para mí, fue un gran privilegio ser parte de su vida, de ese viaje, y apoyarlo en lo que pudiéramos hacerlo; cada paso que dábamos con él nos marcó y lo recordamos con gran cariño y nostalgia.

Sin duda fue un honor formar parte, aunque sea por una fracción de su vida, y un honor que él formara parte de nuestra vida y familia, y que me instruyera en esta hermosa carrera de derecho. Me queda la satisfacción de decir que pasamos los últimos días de su vida acompañándolo, siempre hasta el fin. Ya para ese entonces nos llamaba “amigos”.

Siempre lo voy a recordar con una enorme sonrisa y con mi corazón lleno de agradecimiento. Puedo decir a ciencia cierta que fue un hombre sabio, que marco mi vida para siempre.

¿Y a que no saben qué?; gracias a Dios y a él, ahora me desempeño en la misma dependencia como Abogada-Calificadora.

Salvar la noche

Pedro Teneyuque

Recuerdo en aquellos tiempos que solía ir a tomar con mis amigos al barrio antiguo. En especial al Café Iguana, y resulta que a veces me quedaba sin dinero y cuando me pasaba eso caminaba por los pasillos junto a las mesas y la barra para ver si encontraba alguien conocido. Y de milagro siempre me topaba a mi primo junto con sus colegas amigos. Y recuerdo que le decía: “Luis, me podrías prestar para completar unas cervecillas”. Y me prestaba. Fueron varias veces; entonces me daba la sensación de que siempre me salvaba la noche.



Lo respetábamos mucho

Ciro Teneyuque

Torreón.- Recuerdo en una ocasión que mis papás nos llevaron a Monterrey, en una visita, y mi primo Luis nos llevó a visitar el nuevo mol que se inauguraba en aquellos tiempos en la ciudad. Yo tenía nueve años, e íbamos mi hermana Amparo, Paty y yo, y mis primos Carlos, Gabriela; y me acuerdo que éramos varios niños; me acuerdo que Humberto estaba muy pequeño. Empezamos a jugar, a subir y bajar las escaleras; eran unas escaleras eléctricas muy grandes y los de seguridad del mol nos llamaron la atención de una manera muy enérgica. Recuerdo muy bien que mi primo Luis nos defendió, porque los guardias estaban llamándonos la atención de una manera muy enérgica. Y él llegó y nos defendió de una manera muy protectora; dijo que éramos sus hermanos y que no era posible que nos trataran de esa manera, o que quisieran llamarnos la atención. Para eso iban personas adultas con los niños, que no era la forma de tratar a los niños, y a mí se me quedó muy grabado ese momento, porque yo siempre me sentí muy protegido por mi primo, y se-

guro era una persona muy honesta. Y la verdad, nos veía con mucho cariño, por ser nosotros sus primos.

Yo siempre le tuve un respeto muy especial por ser el primo más grande, mayor. Siempre lo vi como mi hermano, con mucho cariño; y me sentí siempre muy protegido por él. Estaban mis papás, mis tíos, pero dejaron que él nos defendiera, de una manera no grosera, pero siempre aparentando y siendo protector y honesto. Recuerdo muy bien que él tuvo un cariño muy especial por nosotros. Éramos los primos chicos.

Siempre demostró ese cariño, siempre que visitaba Monterrey procuraba hacerle por lo menos una llamada; y él también, cuando visitaba Torreón, iba y nos visitaba. Mi papá siempre le tuvo mucho cariño. Esta anécdota se me quedó muy grabada en mi niñez. Y lo que se le deja a un niño, en el trato a un niño, lo conserva siempre, toda la vida. Tengo un cariño muy especial por mi primo, no por esa especial ocasión, siempre fue muy amable conmigo y todos los primos chicos. Lo respetábamos mucho por eso.

Quería a los animales

María de Jesús Teneyuque Quiroz

Monterrey.- En segundo y tercer año de la escuela quería todos los pollos y patos que tenían en la kermés. También le gustaban los perros.

En la casa teníamos perros, perico y una tortuga. Cuando viajamos a San Miguel de Allende le dieron un pavo real. En otro viaje un guajolote, que tuvo un mal fin, porque el abuelo quería un mole para su amigo. Llegó el día y los tíos encargados de matarlo, no sabían cómo; el pobre animal atarantado a medio morir brincaba y sufría. Cuando Luis llegó del colegio, al no encontrarlo, preguntó: ¿mataron al guajolote? Lloró mucho y no comió mole.

En otra vuelta a San Miguel regresamos con el pavo real en una pequeña jaula en el carro. Quería todos los animales que le ofrecían. Incluso le regalaron un burro, pero ese no lo podíamos traer.

La tortuga también tuvo su fin en un bautizo del hijo del chino del restaurant (amigo de su papá). Lo hicieron sopa y yo no quise comer. Tiempo después, a los pollos y los patos los llevamos al Parque España.

Recordar todas sus cosas como estas, me duele el corazón.

Por querer vivir

Luis Frías Leal

Monterrey.- Ayer dije que el silencio también habla, gracias a su presencia entiendo que mi papá causó tantas conexiones que hablan más fuertes. Conocer a alguien es un gran privilegio y aun así... ¿cómo conocerlos? Hay amigos y familia aquí que lo conocen más que la edad que yo tengo; otros menos, pero igual de intenso, o por lo menos un toque que crea realidad.

Soy coleccionista de ideas y emociones y creo que eso viene de él, de mi padre. Escucharles estos días hablar de sus experiencias me acercan. Mi papá, un abogado de vocación, filósofo por decisión, humanista de camarada; siempre dispuesto a regañarte y a motivarte, a dejarte terminar de hablar y crear un gran discurso en el cual todos nos contemplemos.

En las estancias de mi papá en el hospital hubo momentos en que parecía que convivimos más tiempo que fuera, como nunca es el proyecto abandonar lo habitual, jugamos pensar el hospital como libro o pintura o escenario. Algunas otras veces le leía como fragmentos revolucionarios o cuentos que él me leyó de niño (*Chejov* y *El Capital*); de las últimas cosas que le leí fue Marcel Schwob: *La vida es de los vivos, la muerte es de los muertos*.

A mí me gustaba su forma de argumentar; a él le gustaba mi forma de significar. No conozco la vida de mi padre más que fragmentos que por suerte como collage, solo orquesto. Agradezco su presencia y deseo que sigamos caminando las conexiones que él ha dispuesto, las vidas imaginarias que luego conoceré de él con ustedes.

Muchas veces he escuchado que los jóvenes no piensan en la muerte. Estoy seguro que mi padre no quería morir; los que no pensamos en la muerte somos los adultos, y es que continúa el ajuste de los deseos. Hoy siento que la muerte no resuelve aspectos de la vida, sino aspectos del morir. Y agradezco las pasiones de mi padre, tan apasionado por querer vivir.

** Una reflexión que hice ante la posibilidad de tomar la palabra en el velorio de mi padre.
Jueves 3 de agosto 2023.*

In Memoriam

Norma Escamilla Villagómez

Monterrey.- Con profundo pesar, pero al mismo tiempo con enorme alegría, recordamos al Lic. Luis Frías Teneyuque, un gran abogado, estudioso del derecho y siempre preocupado por la búsqueda de la justicia. Su pasión por el derecho y su dedicación a la justicia fueron una luz guía para todos aquellos que tuvimos el honor de conocerlo y trabajar a su lado.

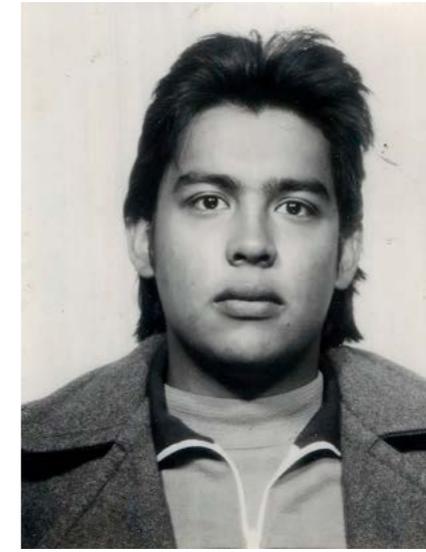
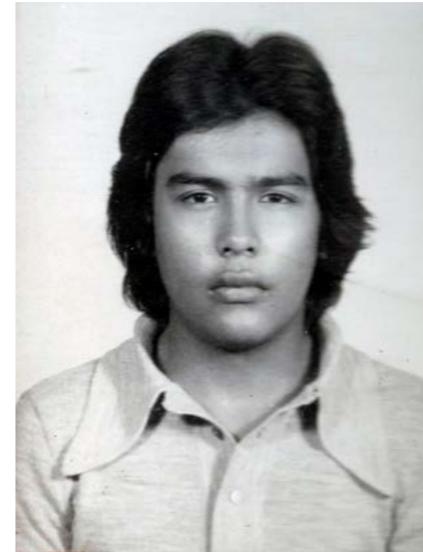
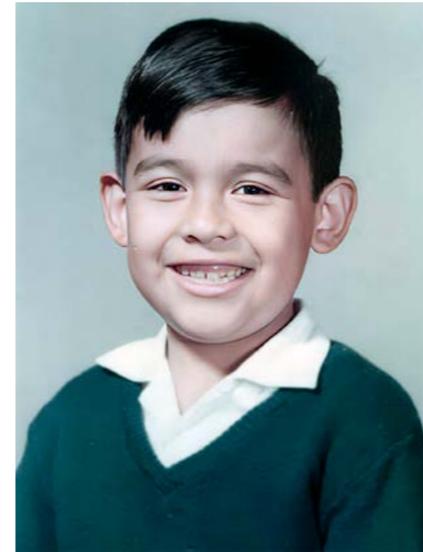
Como compañero y amigo, Luis siempre brindó un apoyo incondicional. Desde nuestras épocas de estudiantes hasta tiempos recientes, su amistad fue una constante fuente de inspiración y fortaleza.

Como anécdotas, he coleccionado un sinnúmero de ellas en mi corazón; pero de las más destacadas y que recuerdo con más cariño, fue su compromiso profesional y su invaluable contribución como miembro fundador en Nuevo León del Capítulo Noreste del Ilustre y Nacional Colegio de Abogados de México, el colegio de abogados más importante, influyente y antiguo de Latinoamérica y que tengo el honor de presidir, donde dejó un legado perdurable.

Hoy, su memoria vive en cada uno de nosotros, en sus enseñanzas y en el ejemplo de integridad y dedicación que nos dejó.

Descansa en paz Luis, querido amigo y colega.

CREDENCIALES



Sonidos de Monterrey

Carlos Edelmiro

En 2020-2021, dentro de su proyecto Sonidos de Monterrey, Carlos Edelmiro entrevistó a Luis Frías Teneyuque acerca de sus experiencias y recuerdos sonoros de la ciudad. Aquí les compartimos 3 fragmentos de la conversación en que abordan:



Luis Frías Leal, *Lectores de Vida*, 2024

Cantinas:
<https://youtu.be/1BBhjcByWo4>



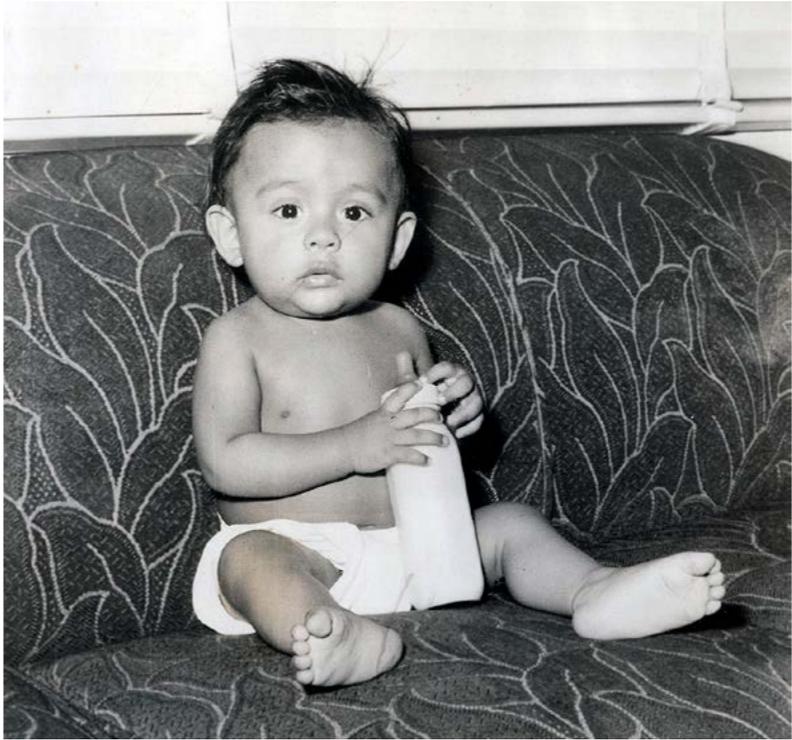
Iglesias y Círculo Mercantil:
<https://youtu.be/CtvhEEvwopM>



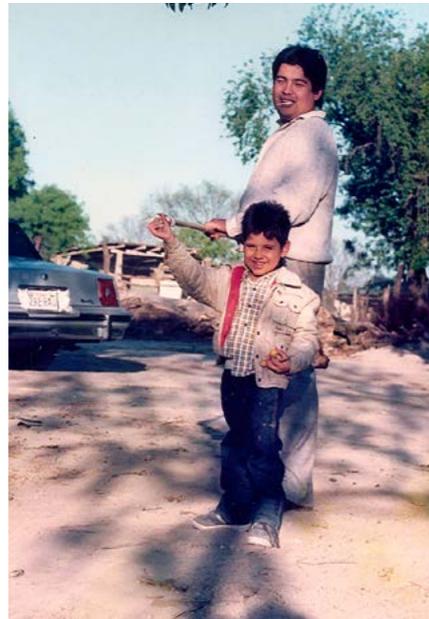
Mercados:
<https://youtu.be/3UOmBYZr4Zc>



FOTOS DE NIÑO



FOTOS DE JOVEN



FOTOS DE ADULTO



Variaciones del Cuerpo: Homenaje a Luis Frías Teneyuque

Luis César Frías Leal

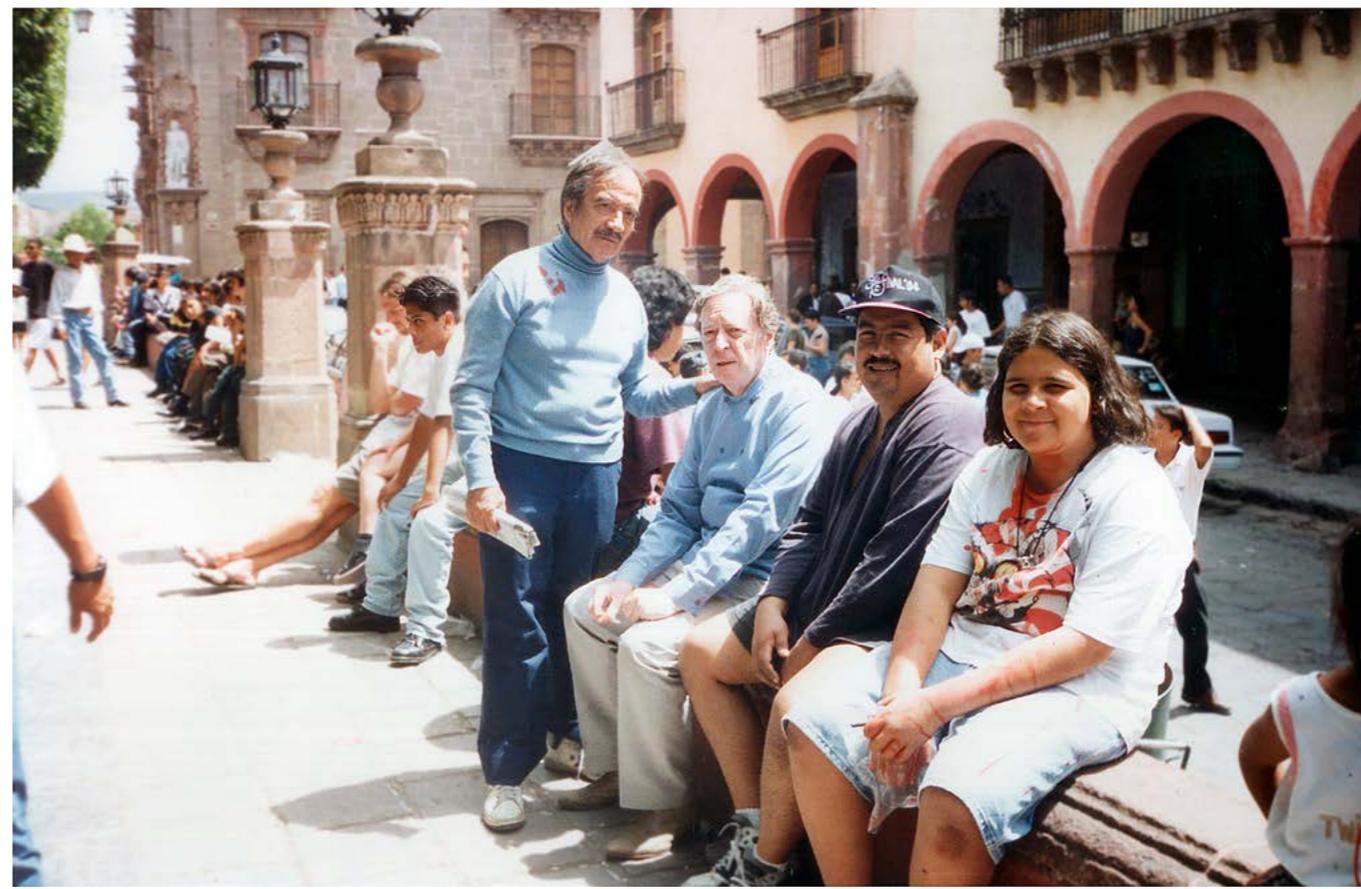


Mi padre no alcanzó su cumpleaños 63, falleció 23 días antes. Para celebrar su cumpleaños convocamos a una reunión homenaje dentro de mi exposición Variaciones del cuerpo en el Museo Metropolitano de Monterrey el 25 de agosto 2023. Este acto fue de especial importancia para mí, puesto que la exposición pretendía usar la sala de exposición como un escenario de encuentros y acciones. Aunque durante el proceso de la exposición, mi padre estuvo en el hospital, lo que hizo aún más complicado realizar las acciones, se lograron 11 actividades entre talleres, charlas, bailes, presentaciones de libro y este encuentro con nuestros amigos y familiares. Definitivamente una de las variaciones del cuerpo es la ausencia de vida. La reunión se llevó a cabo de modo afectivo e informal, todos platicamos de anécdotas, recuerdos, chistes, bromas, llantos; en un ambiente cálido. Agradezco a todos por su presencia.

Rituales contemporáneos para hacer llover

El 8 de julio de 2023, al salir del IMSS Hospital General de Zona 4 después de una pesada estancia, creo que la última, mi papá me ayudó con una de las acciones de mi pieza Rituales contemporáneos para hacer llover, pegando una calcomanía en la pared del hospital. Para mí fue muy divertido y alentador hacer una acción “rebelde” con él y compartir el ejercicio. Recuerdo que muchas veces me ayudó a doblar copias de mis cartas o fanzines cuando nos veíamos en el centro antes de algún evento.



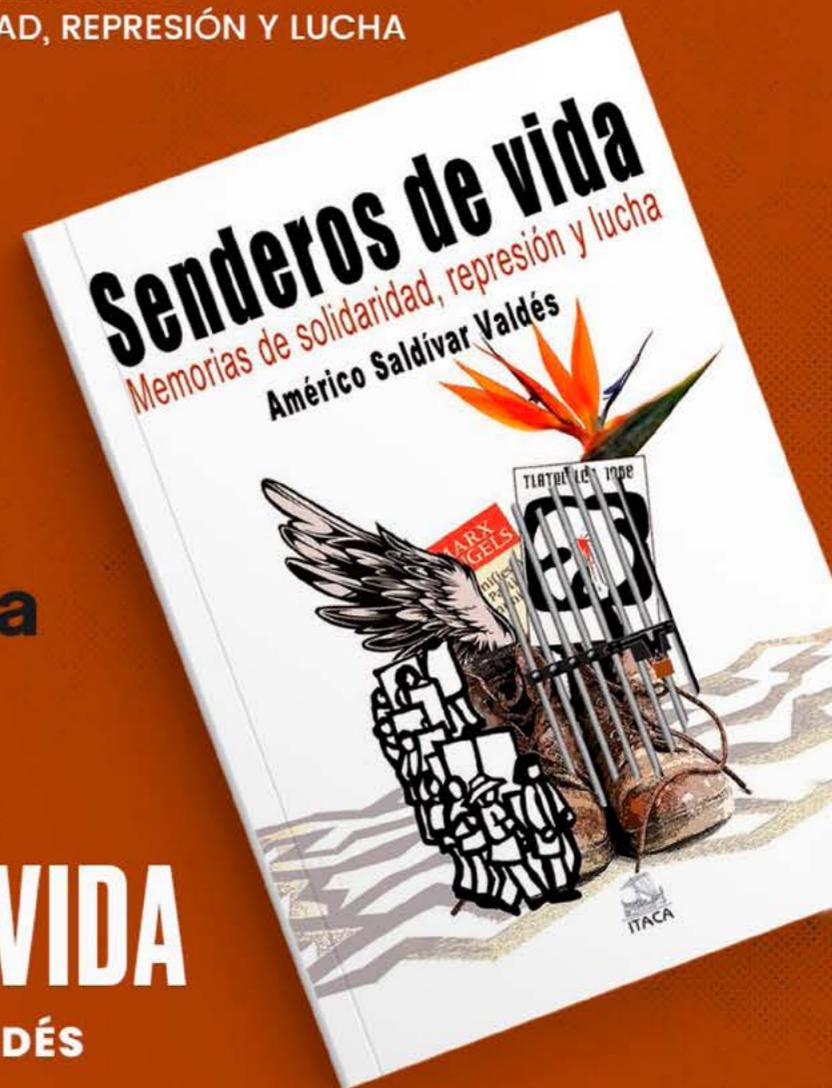




Ximena Subercaseaux
Luis Frias Teneyuque (retrato), 2023
50 x 50 cm
Temple sobre tela



MEMORIAS
DE SOLIDARIDAD, REPRESIÓN Y LUCHA



Punto y Coma

TE INVITA

PRESENTACIÓN DEL LIBRO

SENDEROS DE VIDA

DE AMÉRICO SALDIVAR VALDÉS

MIÉRCOLES

9

OCTUBRE

A LAS

17:00

HORAS



VISION
**NUEVO
LEÓN**

PRESENTAN:

JORGE COVARRUBIAS,
ELIZABETH MARTÍNEZ,
IRGLA GUZMÁN Y
A. MARTÍNEZ TORRES

ENTRADA LIBRE

📍 AV. GARZA SADA 275

EXCELENCIA EN SUSTENTABILIDAD



**1er lugar nacional
ranking mundial GreenMetric
siete años consecutivos**



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UANL



La
excelencia
por principio
la educación
como instrumento